



MUSEO DE LAS FAMILIAS.



25 de Enero de 1853.

La Pent. coste, copia del cuadro de Lebrum.

TOMO XI. 1

CARLOS LEBRUM.

APUNTE BIOGRAFICO.

El grabado que antecede es copia exacta de un cuadro que existe en el Museo del Louvre, en París. Su autor, Carlos Lebrum, nació en esta ciudad el año de 1619. Discipulo de Vouet, estuvo pensionado en Roma por el canceller Sequier durante seis años, y volvió á París en 1648, donde pintó para la iglesia de Nuestra Señora el martirio de San Andrés y San Esteban. Fouquet le confió las pinturas del palacio de Vaux, y le señaló una pensión de 12,000 libras, independientemente del precio de la obra, que le pagó generosamente. Enumerar los cuadros de Lebrum sería ocupar mas espacio del que permite esta nota sucinta; concluiremos diciendo que murió en 1690, lleno de honores y dejando á la posteridad un nombre imperecedero.

EL JUDÍO SAMUEL EBN'ADIA.

EPISODIO HISTÓRICO.

Samuel hijo de 'Adia es uno de los personajes mas célebres que nos presenta la historia de los antiguos árabes del desierto, anteriores á la predicación del Islam.

Este famoso israelita moraba (1) por los años de 550 de nuestra era, en su castillo de *Aláblac Alfard* (2), situado entre el Higýáz ó Arabia desierta y el 'Xam ó Syria, cerca de Teimá, pequeña plaza de la jurisdicción de la Mecca.

La magnífica y generosa hospitalidad que en su castillo brindaba Samuel á los extranjeros y peregrinos, y sus talentos de poeta, prendas ambas en alto grado apreciadas por aquellos antiguos árabes, le habian alcanzado gran fama y estimación entre los moradores del país, y el particular aprecio y protección de los principes y monarcas.

Nada en verdad mas digno de gratitud é ilustre memoria, que la hospitalidad que dispensaba Samuel en aquel oasis plantado en medio del árido y abrasado desierto, en medio de aquel mar sin límites de ardientes arenas agitado

(1) Aunque los historiadores árabes á cuya autoridad ajustamos este relato, no nos dicen terminantemente cuál fué la patria de Samuel, razones, sin embargo, de cierta valia nos inducen á creer que tal honor pertenece á *Jeibar*, ciudad situada á cuatro jornadas de Teimá, donde moró por algun tiempo el ilustre israelita, y que hizo célebre con el recuerdo de su nombre. El castillo de *Aláblac*, teatro del interesante drama que en estas páginas, aunque rudamente, exponemos, era una de las fortalezas y alquerías dependientes de *Jeibar*, poseídas y pobladas por judíos, poderosos entonces en aquella tierra de que los arrojaron finalmente Mahoma y su sucesor el califa 'Omar. Nuestra presunción en favor de que la misma ciudad de *Jeibar* fué la patria de Samuel, fúndase principalmente en las siguientes palabras con que se espresa el ilustre geógrafo *Xerif Aledris*, conocido por el Nubiense, en la V parte del clima III, texto arábigo de su obra (antigua edición de Roma): «Desde Teimá hasta *Jeibar* hay cuatro jornadas, y es *Jeibar* una ciudad pequeña y fortificada como un castillo; sus términos son amenos en palmares y sembrados... En ella habitaba Samuel *ebn 'Adia*, á quien se alude en el proverbio sobre la fidelidad en el cumplimiento de la palabra empeñada (*ilwafá*).» Ciertamente los árabes admiradores de la sublime fidelidad de aquel hebreo, conservaron su memoria en el adagio *alwafá assamuel* la fidelidad de Samuel, que se dice por una fidelidad á toda prueba.

(2) *Aláblac* en arábigo suena el adornado con variedad de colores. Segun *Yacút*, en su *Diccionario Geográfico*, dióse este nombre al castillo de Samuel por el color mezclado de blanco y de rojo que mostraba al tiempo de su construcción. El epíteto *Alfard* significa el único ó sia par. Este alcázar era formidable y elevadísimo, y Samuel en sus versos le compara á un monte.

á veces por el *samum* (1), de aquel horizonte vasto y solitario en fin, donde bajo un cielo dorado y como encendido por los rayos del sol de medio día y jamás cruzado por las nubes, solo se miraban inmensas llanuras desnudas de verdor, de sombra, de aguas y de moradas de hombres.

Pero lo que mas poderosamente contribuyó á inmortalizar el nombre de Samuel, fué un admirable ejemplo de fidelidad que dió á los siglos, y el haber consignado en la historia de los árabes, entre quienes vivió, un hecho grande y heroico, cual el que mas tarde escribió con la sangre de su hijo en las páginas de la nuestra *Guzman el Bueno*.

Vamos, pues, á narrar cumplida aunque brevemente este memorable hecho, ajustando nuestro relato al de varios historiadores árabes.

Empero debemos apuntar antes algunos pormenores históricos que mejor ilustren y espliquen nuestra relacion.

Sabido es que por aquellos tiempos los árabes, aunque próximos á su poderío y acrecentándose de día en día en número y fuerzas, vagaban todavía por los campos y desiertos de su península, sin conocer otra vida que la pastoril y guerrera y entretenidos en escursiones y lides contra los propios y los extraños. En parte vivian sujetos á los principes y caudillos de sus respectivas tribus y en parte á pequeñas monarquías, entre las cuales descollaban las de los reyes *Lajmitas de Hira* (2) y los *Ghassanitas* de la Syria, puestos aquellos bajo la dependencia de los reyes de Persia, y estos bajo la de los emperadores griegos.

Otra de estas pequeñas monarquías fué la de los *Quenitas*, cuya primera dinastía comenzó en *Hogyr Aquil* *Almorár* en el año 460 de nuestra era, y feneció en *Hogyr ebn Alharetz*, muerto por los años de 525. *Alharetz* padre de *Hogyr*, habia obtenido del rey de Persia *Cobád*, el reino de *Hira*, pero arrojado de él y muriendo fugitivo, sucedióle su hijo *Hogyr* que fué asesinado un año despues y sucesivamente todos sus hermanos, recogiendo finalmente aquella herencia de desgracias, mas dolorosas todavía con el recuerdo de un trono, el principe *Amrulcais* hijo de *Hogyr* que escedió á todos en infortunios. Este principe, igualmente célebre por sus desgracias que por su ingenio para la poesia, fué conocido entre los árabes, como testifica el escritor *Alasmai* (3), con el nombre de *Almalic Adhdhellil* ó el rey errante (4), por las largas peregrinaciones y viajes en que pasó su inquieta y azarosa vida.

Nació por los años de 500 de nuestra era en las tierras de los *Benu Asad* en la region de *Negy* (5). Cultivó la poesia desde su mas tierna juventud, y esto con tal empeño y ardor, que indignado el rey su padre que solo quisiera verle aficionado á las armas, le arrojó de su lado. Pero los sucesos posteriores acreditaron que *Amrulcais* se hallaba dotado de tanto valor y militares prendas cuanto de ingenio y número poético. Ciertamente durante aquel destierro, tomando en su compañía algunos mancebos y hombres aventureros

(1) Viento abrasador que sopla por el día y aun por la noche en la estension del desierto.

(2) Ciudad de la Arabia en el Irac.

(3) Célebre por sus grandes conocimientos en la lengua y antigua literatura arábica. Murió por los años de la egira 214 á 217 segun *Ebn Jallacán*.

(4) *Ebn Bedrun* en sus *Comentarios* á la cassida de *Ebn 'Abdun*, publicados por *M. Dory* en Leyden, 1846 dice (pág. 117 del texto árabe): «Y fué llamado *Amrulcais* el rey errante porque dejó sus señorios y partió á solicitar del César un ejército para vengar con él la muerte de su padre.»

(5) Parte central del Arabia.

de diversas tribus, hizo el aprendizaje de las armas, y se acostumbró á sufrir las fatigas, privaciones y riesgos de la guerra. En tanto las nuevas de la muerte de su padre, que pereció á manos de los asaditas mientras que él vagaba por el Yémen (1), llenaron su pecho del ardimiento de la venganza, y para llevarla á cabo, puesto á la cabeza de las tribus de Becr y Taghleb, derrotó á sus enemigos en un glorioso encuentro que con ellos tuvo. No satisfecho todavía su ardiente deseo de venganza, quiso proseguir en guerra contra los Asaditas, lo que fué parte para que le abandonasen los de Becr y Taghleb, atrayéndose juntamente la persecución de Almondzer III, rey por entonces de Hira (2). Mas tarde logrando reunir algunas tropas, nuestro héroe marchó de nuevo por los años de 527 contra la tribu de los Benu Asad, mas saliéndole al encuentro un lucido ejército del rey de Hira, le presentó la batalla, en que Amrulcais llevó la peor parte, viéndose forzado á buscar la salvación en la fuga. Después de varios sucesos y alternativas y de haber morado entre diversas tribus, sin que las persecuciones de Almondzer III le permitiesen fijarse en ninguna, refugióse entre las montañas de Agya y Selma, que eran del señorío de los Thaitas. Morando allí por algunos años tomó por mujer á la célebre *Umm Gyondab* (3) hija de aquella tribu, y de la que se divorció después á causa de un certámen poético que tuvo con 'Alcáma ebn Abda, célebre poeta de aquellos tiempos, y en el cual la esposa de Amrulcais, que hacía el papel de juez, sentenció en favor del rival de su marido.

En tanto el númen poético de Amrulcais hallando inspiraciones en las aventuras y viajes y en los mismos azares é infortunios de vida tan inquieta y agitada, habíase ido perfeccionando y produciendo aquellas inmortales creaciones, aquellos cantos heroicos y sublimes que le hacen considerar por muchos como el príncipe de la poesía entre los árabes del desierto. Amrulcais es autor de uno de los siete famosos poemas llamados *Moállacas* por mirarse suspendidos un día en el templo de la Mecca ó Cába, alcanzando el héroe Quendita este supremo honor, que era considerado como el apoteosis del poeta que lo obtenía, contándose tan pocos entre los infinitos que produjo aquella época, cuyas obras se espusiesen á la pública veneración en aquel templo, el mas famoso y venerando entre los árabes de todos tiempos.

Y puesto que hemos hablado de los honores tributados á la poesía entre los árabes del desierto, haremos notar que jamás otra nación alguna se dedicó á ella con mas empeño y natural vocación que la árabe, que aun en la época de su infancia tuvo un templo donde rendía culto y homenaje á la gloria del poeta, y una palestra para competir en certámenes de ingenio, siendo aquel la Cába de la Mecca y esta el célebre foro ó plaza de 'Ocadá (4).

Pero de la poesía entre los árabes del desierto hablaremos de propósito y con mas extensión en un cuadro biográfico que no tardaremos en dar á luz sobre Antara, poeta y guerrero, por muchos títulos célebre en la historia de aquella nación.

No hemos seguido al príncipe Amrulcais en todas las cir-

cunstancias y pormenores de su vida, anteriores á su encuentro con el judío Samuel; porque esto no atañe enteramente á nuestro propósito. Mas debiendo desempeñar el príncipe Quendita papel tan importante en el drama cuyo protagonista es Samuel, y tratándose de personaje tan famoso, no hemos querido pasar en silencio los sucesos mas notables con que se señala en la historia.

Veamos ahora cómo Amrulcais llegó á encontrarse con el señor de Alablac, y los resultados que produjo este encuentro.

Muertos los tíos de Amrulcais, y viéndose este príncipe sin parientes ni amigos, y sin recurso alguno con que hacer valer sus derechos al trono de su padre, solicitó el auxilio del emperador Justiniano, con cuyos antecesores habian estrechado alianza los reyes de la dinastía de Quenda. Empero como nada consiguiese por mensajes, y por otra parte, no le fuese ya posible el vivir en la Arabia, donde todas las tribus rechazaban al perseguido del rey de Hira, determinó ir en persona á ponerse bajo el amparo del emperador. Los designios de Amrulcais eran reclamar de este monarca, invocando las antiguas alianzas de sus ascendientes, algun socorro de tropas con que volver á reconquistar sus perdidos estados. La triste experiencia de tantos reveses no habia desengañado aun al héroe infortunado que iba á esponerse á otros mayores. Pero Amrulcais, antes de emprender esta nueva peregrinación, mas larga y llena de peligros acaso que las anteriores, necesitaba poner en salvo algunos bienes que aun conservaba como magnífico resto de su antigua grandeza, y sobre todo su tierna hija Hinda. La hermosura de esta doncella y la magnificencia de cinco soberbias armaduras que poseía Amrulcais, heredadas de sus mayores, y que eran lo mas precioso de sus bienes, habian ya movido á muchos á codicia, intentando apoderarse de entrambos tesoros (1). El que mas cuidado daba á Amrulcais, aunque mas disfrazaba sus intentos, era el príncipe Ghassanita *Al-haretz ebn Abi Xammer* (2), que con el deseo de poseer aquellas ricas armaduras habia llegado al extremo de fingirse locamente enamorado de Hinda, pensando hallar en el afecto y confianza de esta jóven un medio para llevar á cabo su perfidia. Vemos, pues, que todo se conjuraba en daño del infortunado príncipe, á quien en su desgracia todos perseguían y procuraban su ruina. Hinda, niña tierna é inocente, era incapaz de sospechar las pérfidas intenciones de Al-haretz, y tuvo la debilidad de concederle un amor puro, pero no por ello menos sincero y ardiente. Amrulcais, acochado á un tiempo por tantos males, engañado por sus ánimos y esfuerzo, pensaba hallar remedio á todos.

Una mañana Amrulcais, acompañado de pocos leales servidores que conducían el resto de su fortuna, y á su hermosa hija Hinda, llegó al castillo de Alablac. Habíale en-

(1) Estas cinco famosas armaduras ó corazas se distinguían con los nombres de *Alfadhfa*, la espaciosa; *Assafia*, la brillante, *Almohssena*, la defensora; *Aljerrie*, la elegante ó liberal, y *Ummad-zoyul*, la adornada de flecos ó franjas (literalmente la madre de los flecos ó franjas). Tales eran las preseas y alhajas que Amrulcais, cual otro Eneas, habia salvado de las tempestades y vicisitudes de su vida. Entrambos héroes se gloriabán de poseer las preseas heredadas de sus mayores, y reliquias de su antiguo poder.

Dona ferens pelago et flammis restantia troja

dice el cantor de la Eneida.

(2) Fue el quinto de este nombre entre los reyes Ghassanitas del Xam ó Siria, é imperó desde 53 hasta 5720 de nuestra era.

carecido la fidelidad de Samuel, y el amparo que concedía en su inespugnable fortaleza á cuantos á su proteccion se acogian; así es que resolvió depositar en sus manos todos sus bienes.

La ruidosa fama del *rey errante* habia llegado al pacífico señor de Alablac, á quien no pudieron menos de conmover tales infortunios. Así es que al pronunciar Amrulcais su nombre ante Samuel, y rogarle que guardase bajo su amparo á su hija y sus bienes, el israelita le recibió en sus brazos, y le juró por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que antes dejaría arrancarse la vida que perder el precioso depósito que se le confiaba.

Amrulcais, despues de darle las gracias en hermosos versos, le dijo: ¡Que no me haya sido dado el apreciar hasta hoy tus virtudes! ¡Cuán benéfico asilo hubiera hallado contra mis males en el santuario de tu hospitalidad! Pero no lo ha permitido la ley de mis errantes destinos, y el heredero de una corona no debe darse al reposo mientras que la vea colocada sobre frente agena y enemiga. Mas no debo ocultarte el nombre del amigo leal á quien debo la dicha de conocerte. El emir Fezarita Amr-ebn-Gyaber es quien, encareciéndome justamente tu fidelidad y nobles y liberales prendas, me dijo: «Pues buscas un asilo donde abrigar las reliquias de tu fortuna, marcha al castillo de Alablac, cerca de Teima, donde vive su señor el judío Samuel ebn 'Adia: La corte del monarca mas poderoso no te brindaria abrigo tan favorable y seguro cual te lo concederá sin duda en Alablac ese hombre generoso y fiel, célebre en la comarca y fuera de ella por la proteccion y amparo que otorga á los peregrinos y á todos los perseguidos por la fortuna, con quienes parte su pan y su amor. Amr envió conmigo un guia que me condujese á tu presencia, y es el Fezarita Rabi' á quien ves á mi lado.»

Despues de esto, Amrulcais hizo á Samuel larga relacion de sus infortunios y vicisitudes, concluyendo su razonamiento con estas palabras:

«La esperanza de mejorar mi suerte, que nunca me abandona, y el empeño de reconquistar mis señoríos y corona ó morir en mi demanda, me llevan á la corte del César para solicitar su auxilio. No quiero esponer á una hija que es mi único bien y consuelo, y las alhajas que me han legado los reyes mis antepasados, y son el lustre y honra de mi casa, á los riesgos de estas empresas; todo ello lo encomiendo á tu fidelidad. Conserva ese tesoro hasta que vuelva en persona á reclamártelo; ó si el árbitro de los dias tiene decretado que muera en la tierra estraña, ausente de lo que mas amo, manten á tu lado á mi hija Hinda, cuya tutela y educacion confio además á mi primo Yezid ebn Haretz, que aqui está presente, y hazla señora de los pocos bienes que el cielo nos ha dejado.»

Samuel le prometió de nuevo velar dia y noche por aquel sagrado é inestimable depósito. Mandó luego aderezar una magnífica tienda cubierta de ricas pieles para morada de Hinda, y preparar otras mansiones para el príncipe, para el tutor de su hija y para el resto de la comitiva. El mismo Amrulcais permaneció por algun tiempo gozando las comodidades y regalo del hospedage, verdaderamente régio, con que le obsequiaba Samuel. Mas resuelto á pasar á Constantinopla, sin que le disuadiesen de esta empresa los ruegos y reflexiones de su valedor, éste, cuya reputacion é influencia era tal, recomendó por cartas al príncipe ó rey Ghassa-

nita Alharetz, á quien mas arriba nombramos, para que recibido bajo su amparo y proteccion, pudiese marchar con toda seguridad á la corte del emperador, y fuese conducido á su presencia misma con aquella honra y consideracion que convenia á un príncipe como él. Ya dijimos cómo este Alharetz, á quien Samuel recomendaba á Amrulcais, era el mentido amante de Hinda y el codicioso de los bienes del príncipe su padre. Desgraciado en cuanto emprendia, Amrulcais vióse en la necesidad de acudir al amparo de aquel enemigo encubierto, así que resignado ante la ley de sus destinos, y recibiendo los auxilios de Alharetz, marchó á Constantinopla hácia el año de 333 de nuestra era.

Amrulcais llegó sin contratiempo á la corte de Justiniano, quien le acogió benignamente, le dispensó toda honra, y finalmente, puso á sus órdenes un ejército con que pudiese á recobrar sus dominios. El príncipe Quendita vió de nuevo reanimarse sus esperanzas, creyó terminarian pronto las desgracias y azares que hasta aquel dia le persiguieran de continuo, y finalmente, en sus sueños miró ornadas sus sienas con la corona paterna. Pero el destino lo dispuso de otro modo.

En tanto que alcanzaba del emperador el socorro prometido, Amrulcais, cuya presencia era gallarda y sus palabras llenas de mágica elocuencia, supo inspirar amor á una princesa hija de Justiniano, si ha de darse crédito al testimonio de los historiadores árabes. No era en verdad el carácter del príncipe poeta el mas á propósito para hacer frente á las contrariedades de que le habian rodeado las desgracias de su familia y ruina de su casa, sin contar sus propios infortunios, porque si bien se hallaba dotado de valor y constancia, abandonándose, empero, al placer, dejaba malograr todas las ventajas que fueran fruto de su anterior esfuerzo. La temeridad de que se hizo culpable en estos amores fué causa de su completa ruina. Porque ya fuese que el emperador recelase lo sucedido, ó ya que le delatasen, segun se cuenta, sus émulo y enemigos, ello es que ofendido aquel monarca de tamanía ingratitud, resolvió vengar su ofensa con la muerte del príncipe. Con este designio, puesto ya en marcha Amrulcais con las tropas auxiliares que del emperador habia recibido, envióle este una *holla* ó túnica de honor emponzoñada, hecho que parecia fingido por los escritores árabes que lo refieren, á imitacion de lo que cuenta de Hércules la mitología, si la historia no nos presentase á veces ejemplos semejantes (1). Vistiéndose el príncipe aquella túnica no tardó el veneno en cubrirle todo de úlceras, y aunque sin poder llegar á su pais natal, vivió todavia algun tiempo en infinitos padecimientos, hasta su muerte que acaeció en Angora, llamada por los árabes *Anquira* (2), por los años de 340 de nuestra era.

Aunque el príncipe Ghassanita Alharetz no habia osado negar su favor á Amrulcais, cuando recomendado por Samuel le habia pedido su auxilio para pasar á Constantinopla, lue-

(1) De una catástrofe parecida por extremo fué victima el rey de Granada, de la familia de los Nassritas, Abu Abdallah Yusuf, que entró á reinar en el año de nuestra era 1391. Abu Hanun, rey de Fez, que le odiaba en secreto, le envió en el año de 1396, entre otros presentes, una marlota muy rica inficionada en ponzoña. Vistiósela el rey, y fué tal la fuerza del veneno, que murió dentro de 30 dias, cayéndosele las carnes á pedazos. (Mármol, Descrip. gen. de Africa, lib. II, c. 38, pág. 217 del tomo I. edic. de 1573).

(2) La antigua Ancyra, ciudad considerable de la Anatolia. Amrulcais fué enterrado cerca de un monte llamado Asib, inmediato á aquella ciudad, donde por mucho tiempo acudieron los árabes á visitar su sepulcro.

go que supo su muerte creyó que nada le impediría apoderarse de las ricas armaduras por tanto tiempo codiciadas, y de la hermosa Hinda. Despues de la partida de Amrulcais, habia visitado varias veces á su hija en el castillo de Alablac, y propúestola que le siguiese, abandonando aquella mansion hospitalaria y trayendo consigo sus bienes. Hinda, criada en el recato y la virtud, por mas que amase al príncipe, rehusó siempre acceder á sus lisonjeras y engañosas propuestas, jurando que no dejaria sin voluntad de su padre la mansion donde él la habia procurado un asilo seguro y benéfico.

Mas el soberbio y codicioso príncipe, no contando lo bastante con el amor de Hinda para el logro de sus pretensiones, tomando consigo un crecido número de tropas, vino á participar á su amada la infausta nueva de la muerte de su padre. Alharetz dejó sus guerreros, que todos eran bravos ginetes, á la vista del castillo, mandándoles que estuviesen apercibidos para todo y aguardasen sus órdenes. La hermosa hija de Amrulcais, pálida y llorosa como una cándida azucena de los valles bañada por el rocío de la aurora, escuchó de los labios de su amante toda la triste relacion del gran infortunio con que habia querido el cielo probar su virtud é inocencia. La infeliz huérfana comprendió cuánta era su desgracia, y hallóse á punto de buscar consuelo á ella en los brazos del que amaba. Propúsola éste de nuevo que dejase aquella mansion hospitalaria, y que siguiéndole para ser feliz con él, tragese consigo todos sus bienes, que en calidad de esposo bien podia confiarle. Pintóla con elocuentes palabras el porvenir de felicidad, el Eden de delicias que iba á brindarles su amor, si accedia á su propuesta. Pero la memoria de su padre que la habia confiado al amparo de Samuel, protegiendo así su tierna juventud é inocencia contra las seducciones del mundo y los engaños de su mentido adorador, un presentimiento de la ingratitude con que pagaria tal vez el poderoso príncipe el abandono de la niña pobre y huérfana, y el respeto, en fin, al judío, su benéfico y liberal patrono, y al tutor que la habia nombrado su padre, la detuvieron al borde del precipicio. Hinda, sin negarse enteramente á las instancias de Alharetz por temor de ofenderle, le significó que todavía no era dueña de sí misma ni de sus bienes, que acudiese á las personas á quienes la habia fiado su padre, aunque estaba segura que no permitirían los abandonase su pupila hasta que se cumpliese el tiempo de su mayor edad, y que causándole gran dolor negar algo á quien tanto amaba, se sometia, empero, á la voluntad de los que tenían autoridad sobre ella. Alharetz, despechado por tal resistencia, que atribuyó á debilidad y timidez de la tierna jóven, antes que á virtud y respeto á la paterna voluntad, corrió en busca de Samuel, y pensando que con fiereza y alarde de su poder fácilmente le venceria, mandóle con imperio le entregase el sagrado depósito que habia fiado en sus manos el rey errante. Indignóse Samuel al oír tal propuesta, que hacia ultraje á la fidelidad de que siempre se habia gloriado, y reprendió al príncipe su torpe designio con aquella firmeza y dignidad que dan la virtud y la grandeza de alma. Alharetz le replicó que estaba resuelto á apoyar su pretension con las armas, y que si no de grado, le haria entregar por la fuerza los tesoros que codiciaba. «El Dios de mis padres, respondió Samuel con resuelto ademan, me protegerá contra tu tiranía y violencia; antes que acceder á tu injusta

demanda y quebrantar los santos deberes de la hospitalidad, estoy decidido á morir entre las ruinas de mi fortaleza. Parte, mal aconsejado príncipe, á desafiarme con tu poder; Dios amparará mi causa, porque es justa.

El príncipe salió de la presencia de Samuel y del castillo lleno de rabia y furor, y mandó al punto á los suyos que sitiases la fortaleza, y la combatiesen poderosamente hasta que echasen por tierra sus torres y muros. Pero el judío, fiado en lo fuerte y defendido de Alablac, y en el valor propio y en el de sus pocos pero esforzados guerreros, sostuvo el asedio con gran brio y pujanza, rechazando mas de una vez á los sitiadores y causándoles no poca pérdida y estrago.

Empero un lance inesperado vino á poner en gran conflicto y aprieto al defensor de Alablac. Tenia Samuel un hijo, mancebo ardiente y valeroso, aunque de pocos años, á quien como único que era y báculo de su ancianidad, y heredero de su nombre y su fortuna, amaba por estremo y procuraba su bien con tierno y solícito cuidado. Este mancebo, como quier que fuese de ánimo varonil y esforzado, irritado con la arrogancia y porfia de los enemigos, sin dar cuenta de ello á su padre salióse del castillo con algunos valientes y embistió á los guerreros del príncipe Ghassanita con gran valor y denuedo, pero con tan adversa fortuna, que cayendo sobre él gran golpe de los contrarios, aunque escarmentó á algunos, tomáronle al cabo prisionero. El hijo de Samuel fué conducido á la presencia de Alharetz, quien gozoso sobremanera de tan favorable suceso, envió luego á decir al judío que si queria rescatar á su hijo le entregase en cambio á la hija de Amrulcais y las famosas armaduras. Negóse Samuel á este inicua proposicion, jurando que antes dejaria sacrificar á un hijo tan amado que faltar villanamente á su palabra aunque la tuviese empeñada con un difunto, y violar los sagrados deberes de la hospitalidad. Empero lleno de congoja y sobresalto por la suerte de su hijo, subióse al muro para observar de allí lo que hacian sus contrarios. El despiadado príncipe, que acababa de escuchar la negativa de Samuel, al divisarle en lo alto del muro desnudó su espada, y esgrimiéndola sobre la cabeza inocente del jóven israelita, á quien tenia á su lado, amenazó á su padre con que le quitaria la vida si rehusaba por mas tiempo acceder á su demanda.

En tanto Hinda, que retirada en su tienda lloraba en la soledad sus males, avisada por una de sus esclavas de lo que sucedia, corrió en busca de Samuel para rogarle que no solo con su fortuna, sino aun con su vida misma la dejase satisfacer la codicia del tirano, y evitara que tomase torpe y cruel venganza vertiendo la inocente sangre de su hijo, puesto que ella le absolveria de la fidelidad jurada á su padre y á ella misma. Pero cuando deshalada llegó cerca de la muralla, vió bajar de ella á Samuel, cuyo semblante, marcado con las huellas de un inmenso dolor, manifestaba que se habia consumado el sacrificio. Mas la jóven en su emocion no echó de ver en aquel instante el abatimiento que se pintaba en el rostro del anciano, y con voz desfalleciente «¿se ha salvado?» le preguntó.

Samuel posó con triste dulzura sus extraviados ojos en Hinda, y luego, conteniendo las lágrimas que á ellos se agolpaban, respondió entre sollozos: «Sí, ya disfruta el hijo mio de salvacion.» ¡Oh! ¡Cuánto gozo en ello! dijo la tierna jóven, que no habia comprendido las palabras del anciano.

«¡Oh, padre mio! añadió: venia á pedirte una gracia que no dudo me concederá tu bondad. Yo amé á ese infame príncipe con locura, engañado mi corazón por las nobles prendas de que le creyó dotado; pero conducta tan execrable ha convertido mi ternura, si no en odio, en indiferencia y desprecio. Sin embargo, todavía me resigno á ser su esposa cual desea, y á hacerle dueño de mis bienes absolviéndote de la palabra jurada á mi padre y de todos los deberes de la hospitalidad, porque se salve el hijo de tu amor; tu fidelidad bien puede permitir que haga dueño á mi esposo de mi mano y mi fortuna.» Agradezco tu bondad, dijo Samuel con acento de profunda resignación; pero ya es tarde: mi hijo no goza de salvación sino en el Eden: el furor bárbaro de ese mal príncipe le ha sacrificado; pero no me pesa de haber guardado fielmente mi palabra aun al precio de la sangre de un hijo único; las acciones grandes y virtuosas son los hijos mas dignos del hombre; tú regocíjate de no haberte unido á un malvado; en cuanto á mí, la memoria de este sacrificio hecho en aras de la virtud, me consolará de tanta pérdida; mi dolor y mi consuelo son igualmente grandes.»

Entonces Samuel tomó de la mano á Hinda, y conduciéndola á la cima del muro, le mostró el cadáver de su hijo que yacía sobre la ardiente arena bañado en sangre reciente y humeante todavía. No lejos mirábase al feroz príncipe gozándose en su infame venganza. Samuel ó Hinda alzaron su voz á un tiempo para maldecirle. Alharez debió oír aquellas maldiciones, y temiendo al cielo, de repente mandó levantar el sitio y huyó despavorido con sus soldados. Samuel, cuyas fuerzas desmayaban, apoyóse en Hinda y descendiendo ambos del muro, salieron al campo abandonado por los enemigos. Allí, postrándose de hinojos ante el cadáver de su hijo asesinado, Hinda dirigió á Samuel estas palabras llenas de profunda emoción: «Si en pérdida tan irreparable cabe humano remedio, si puedes por ventura reemplazar con otro el hijo que has perdido, dignate, señor, de adoptarme por hija, como yo te adopto por padre.»

Así la tierna joven compensó en cuanto pudo á Samuel la grave pérdida de que ella y su padre no habían sido sino causa involuntaria, pues solo á la maldad y codicia de aquel inicuo príncipe pudiera acusarse de catástrofe tan lastimosa.

El hecho memorable que hemos consignado nos hace admirar á Samuel por la gloria de su heroísmo: para que pueda admirarse igualmente por la gloria de su ingenio, traduciremos aquí una de las poesías mas notables que compuso, y digna de llamar nuestra atención por los pensamientos morales, heroicos y guerreros que en ella abundan, colocándola entre las mas hermosas de que se gloria la musa épica árabe de aquellos tiempos. Hela aquí:

«Cuando el hombre no mancilla su honra con crímenes, en cualquier trage que viste aparece honrado y magnífico.

»Y quien no arrostra con noble resignación las injusticias de la suerte, no es acreedor á la hermosura de la alabanza.

»Echannos en cara que somos pocos, mas pocos son en verdad los nobles y distinguidos.

»Y en vano dicen: «locura es que el linage de *Adia* entre en contiendas de gloria siendo escaso en número y humilde.»

»Porque no nos perjudica el ser humildes y pocos, si sabemos dar honra al que amparamos, cuando no prueba sino

deshonor el que amparan esos que se glorian de ser ilustres y muchos.

»Nosotros poseemos un monte inaccesible donde se amparan nuestros patrocinados, monte que por su altura asombra y fatiga las miradas de quien le contempla.

»Es el castillo de *Aláblac el sin par*, cuyo nombre vuela en alas de la fama: alcázar inexpugnable y altísimo.

»Con hondas raíces se afirma bajo la tierra, y levanta hasta los astros su empinada cima, donde nadie puede alcanzar.

»Nosotros en verdad somos de una estirpe que no tiene á mengua el morir, como lo tienen á mengua los de Amer y Selúl.

»Ninguno de nuestros príncipes y señores acaba con muerte natural y tranquila, y sin embargo, no dejamos correr sin venganza la sangre del asesinado.

»Nuestras almas se agitan sobre el hierro de nuestras espadas, y solamente sobre él se agitan.

»Jamás empañamos el brillo de nuestra raza, porque de padres nobles y sin mancha, linage claro y noble traemos.

»Somos puros y liberales como el rocío de las nubes: no se encuentra entre nosotros acero embotado ni mano mezquina.

»Podemos culpar á otros por sus palabras, sin que ellos puedan culparnos por las nuestras.

»No se apaga jamás nuestro fuego para el huésped que llega en la noche (1), ni pudo quejarse de nosotros quien recibió nuestra hospitalidad.

»Los dias de nuestras batallas son ilustres y famosos entre nuestros propios enemigos, porque se distinguen con puras señales de gloria y honor sin mancha.

»Nuestras espadas están hendidas y melladas por todas partes, por su continuo golpear sobre los guerreros armados de corazas:

»Nuestras espadas, cuyas hojas no vuelven á la vaina en tanto que los escuadrones no han combatido con mútua carnicería.»

He aquí retratada, amantísimo lector, aunque con pincel torpe y rudo, la noble y grandiosa figura de Samuel, uno de esos genios de la virtud y el heroísmo de que tan raros ejemplos nos da la historia. La nuestra, que es la de una nación entre todas grande y magnánima, nos presenta otro no menos ilustre y glorioso en la persona del héroe de Tarifa, siete siglos posterior al de *Aláblac*.

Madrid, 1832.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

UN HOMBRE ILUSTRE.

Hacia fines de agosto de 1807, se hallaba anclado un buque en el río Hudson, el cual debía partir desde Albany á Nueva York. En uno de sus camarotes veíase un hombre de aspecto magestuoso y grave, escribiendo con afán. Aproximóse á él un desconocido y le preguntó:

(1) Los árabes ricos y liberales solían encender por las noches en los collados el fuego de la hospitalidad, para dar aviso á los estraviados y peregrinos de que se acogiesen á su asilo.

—¿Volveis á Nueva-York con vuestro barco?

—Ese es mi pensamiento, contestó el interpelado sin suspender su tarea.

—¿Podeis darme pasaje á bordo?

—Desde luego, si os decidís á correr los mismos riesgos que yo.

—¿Cuánto os debo?

—Seis dollars.

Y al entregar el pasajero la cantidad estipulada, notó que el patron permanecía pensativo y silencioso, como absorbido en tristes pensamientos, y contemplando sin cesar las monedas depositadas en su mano. Temiendo aquel haber cometido alguna indiscrecion, dijo:

—¿No es la cantidad pedida la que os he satisfecho?

Entonces se fijó en su interlocutor el hombre que nos ocupa, y dejó ver una gruesa lágrima que surcaba sus mejillas. Hizo un esfuerzo para dominar su emocion, y exclamó:

—Dispensadme si os he faltado á las consideraciones debidas, porque al mirar estas monedas, primer producto que obtengo de mis asiduos estudios sobre la navegacion por el vapor, mil ideas se agolpan á mi mente y trastornan mi razon. Quisiera celebrar la memoria de este dia, añadió estrechando las manos del pasajero entre las suyas, rogándoos me honrárais bebiendo en mi compañía una botella de vino; pero estoy tan pobre que no os la puedo ofrecer. Si la suerte y el éxito corresponden á mis esperanzas, algun dia podré presentaros lo que ahora me es imposible.

Tales eran las palabras pronunciadas por uno de los hombres mas célebres del siglo que atravesamos, del inmortal Fulton.

En efecto, ese hombre tan abatido, tan humillado, tan pobre, inauguraba una nueva era para la navegacion, porque los vientos contrarios á su marcha se declaraban impotentes para detenerle en sus pasajes; las encrespadas olas, endidas por la máquina que llevaba su vagel, se separaban humilladas, obedeciendo á su fuerza; las corrientes de caudalosos rios, pugnando con su poder, cedian á sus mandatos, y el comercio, la industria y la civilizacion, contaban por su descubrimiento con un apoyo seguro, con un pedestal fuerte, con un muro inespugnable. Fulton, nombre que mirarán las generaciones futuras con admiracion y asombro, ofrecia á la sociedad uno de sus más poderosos medios de felicidad y poderio, resolviendo la árdua cuestion de utilizar la fuerza del vapor en la marina.

¿Y cómo, se dirá, siendo tan grande y beneficioso ese descubrimiento para la humanidad en general, se despreciaba y oscurecia? Dificil es explicar contrariedad tan notable, y sin embargo, no es este el solo hecho que la historia nos refiere.

Colon ofreció á las principales naciones del continente europeo un nuevo mundo, que sobrepujaba al conocido en riqueza y hermosura. Desprecios, sarcasmos, insultos y hasta el epíteto de loco, he aqui el premio que parecia reservado á sus trabajos, si la primera Isabel no elevara su nombre y sus talentos, prestándole digno apoyo.

Dionisio Papin presenta á los ingleses lo que hoy constituye su arma mas poderosa, su auxiliar mas activo para la industria y el comercio: la aplicacion del vapor como fuerza motriz, y se le desprecia.

Blasco de Garay, nuestro compatriota y capitán de mar,

doscientos años antes que Fulton, vió defraudadas sus esperanzas en análogos proyectos.

Esto nos prueba que el destino parece marcar con su inflexible dedo la época precisa en que deben aparecer los descubrimientos, y entonces solo difunden su luz esplendente y pura, siendo las tentativas practicadas antes que la hora suene, como meteoros fugaces que iluminan un instante, consumiéndose despues.

Aunque en escala menor, lo mismo sucedió á Fulton; lo que en los fastos de la humanidad son siglos, para el hombre en particular son años, y al ver sus ideas retenidas, cuenta las horas que pasan como edades, y los instantes, como dias de desesperacion.

Presentó sus proyectos en Francia en 1805, navegó por el Sena el 9 de agosto del mismo año, se aprobó su proyecto, y se vió tratado por Napoleon «como uno de tantos aventureros que pululan por las capitales de Europa, sin otro objeto que atrapar plata.»

El dia 11 de agosto de 1807, lució para la humanidad un venturoso dia, y para Fulton se abria una página de gloria. Botado al agua el primer barco de vapor, se ostentaba el inventor de pie sobre su puente, y fué saludado por las risas sardónicas de la gente morigerada, y los silbidos de la muchedumbre embrutecida. Sonó la hora marcada de partir, y cuando le vieron marchar contra los vientos, surcar las aguas con rapidez inaudita, y difundir magestad y respeto la columna de humo, que como entre nubes, llevaba al navegante, tornáronse los desprecios en admiraciones, y los sarcasmos en entusiastas vitores.

Logrado el objeto, perfeccionó mas y mas sus anteriores trabajos, aumentó las seguridades, construyó cuatro buques, y cuando en 1814 se temió un rompimiento entre su país é Inglaterra, se apresuró á construir buques de guerra movidos por el vapor, siendo la fragata *Fulton* primero un monumento en su género, como modelo para ataque y defensa.

Sucumbió por su amor al trabajo, al cual se dedicaba vigilandolas construcciones que estaban encomendadas á su cuidado, á la edad de 50 años, el dia 24 de febrero de 1815.

Su patria reconocida le tributó los homenajes debidos á su distinguido mérito. Todas las corporaciones vistieron de rigoroso luto, y los periódicos ostentaban bandas negras en su primera plana.

¡Cúpole al fin á Fulton la honra concedida á los hombres ilustres; privaciones en la vida, una corona de laurel y un puesto preferente en el templo de la gloria al descender á la tumba!

J. M. PEREZ TERAN.

FLORESCENCIA DEL ALOE.

(*Agave americana*).

La *agave americana* de los botánicos es una planta originaria de Méjico, de donde fué trasportada á Europa hacia fines del siglo XVI. Cultivada en un principio en los jardines no tardó en naturalizarse en las provincias meridionales de Europa y septentrionales de Africa. El fenómeno de la vegetacion de la *agave americana* ha dado lugar á errores populares que la observacion menos detenida desmiente todos los dias; pero semejantes á los niños, las gentes del pueblo tienen mas imaginacion que criterio, y prefieren por lo comun me-



jor creer que ver. Así es que en muchas provincias el mas ejercitado cultivador dice con mucha formalidad que cierta clase de aloes no florecen sino á los cien años: que crecen mas de noche que de día, y que la flor se abre con tal estrépito, que parece un tiro de pistola, y muchos añaden que de fusil. La verdad es que no hay época fija para la florescencia del aloe; en general pasan veinte, treinta y hasta

Francia, al jardin botánico, y en dos meses, del 3 de mayo al 2 de julio, creció ocho varas próximamente. A medida que la copa se eleva, va el tronco echando ramas a derecha ó izquierda en forma de candelero, cargadas cada una de muchos centenares de botones de flor. La crecencia paró el 3 de julio, pero hasta 15 dias despues no empezaron á abrirse las flores, verificándose esta operacion por las ra-



cincuenta años antes que la planta florezca; pero suelen verse en cambio vástagos muy jóvenes que echan flor. El fenómeno realmente maravilloso de la *agave americana* es la rapidez con que se eleva el tallo florido de este vegetal extraordinario.

El grabado que acompaña este artículo representa un aloe trasplantado de un jardín particular de Mompeller, en

mas bajas, y subiendo progresivamente á manera de fuego de artificio. Abierto el último boton, la planta se seca completamente, sin duda el esfuerzo que hace para elevar la copa á tanta altura agota sus fuerzas; pero una porcion de tallos que arrojan las raíces reemplazan en seguida á la planta madre en el mismo sitio, produciendo sucesivamente igual fenómeno.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA BATALLA DE PAVIA.

I.

Apenas el rey de Francia, Francisco I, subió al trono á la edad de veinte y un años, cuando con todo el ardor de la juventud y con ese entusiasmo caballeresco que le caracteriza en la historia, se ocupó de recobrar el Milanesado, al que tenia ciertos derechos, como descendiente de la princesa Valentina Visconti. No reparó el rey en los medios de proporcionarse recursos para esta guerra, llegando hasta el extremo de vender los empleos y cargas de justicia: funesto ejemplo mas de una vez imitado.

Hizo de nuevo alianza con los venecianos; preparó un formidable tren de artillería, levantó un cuerpo de ejército de diez mil gascones, aumentó indefinidamente el cuerpo de lanceros de su guardia, y no contento con reclutar tropas en todo el reino, tomó á sueldo hasta diez mil lansquenets, ó sean aquellos soldados de infantería armados de largas picas, que habian sido regimentados por el emperador Maximiliano. No contento con esto el rey Francisco I, y hallándose joven y amante de las conquistas y la gloria militar, declaró regente del reino á la duquesa de Angulema, su madre, y anunció su resolución de ponerse al frente de las tropas para pasar al Milanesado. Una vez sabida la voluntad del rey, Lautrec, Trivulcio, Chabannes, La Palisse, Bayardo, Aubigny, Montmorency y los mas célebres guerreros de la Francia corrieron á combatir al lado de su joven y animoso soberano, saliendo tambien la antigua nobleza á pelear á la sombra del oriflama de la Francia.

El ejército francés marchó, yendo á la vanguardia el condestable de Borbon, mandando el mismo rey el centro, ó sea el cuerpo de batalla, y siendo el duque de Alençon el que tenia el mando de la retaguardia. Este ejército, que constaba de mas de ochenta mil hombres, penetró sin gran resistencia por el Milanesado y se apoderó de la capital, en la que el rey hizo su entrada solemne el 11 de octubre de 1515. De aquí el origen de esa eterna rivalidad entre Francisco I de Francia y Carlos V, emperador de Alemania y rey de España. Desde el trono de los Césares, no podia él mirar con indiferencia que Francisco I poseyese el Milanesado ó usurpase la soberanía de aquel feudo imperial. Así que Carlos V arrojó su espada en la balanza, y luego que por diversos intereses se le unieron el papa León X, el marqués de Mantua y los florentinos, el poderío de la Francia empezó á declinar; los aliados entraron en Milan el 19 de noviembre de 1521, y despues de la sangrienta batalla de la Bicoca, los franceses tuvieron que evacuar prontamente el Milanesado. Inútiles fueron ya todos sus esfuerzos para recobrarle, á pesar de que el rey Francisco I volvió con un nuevo y lucido ejército al mando de Bonivet, que era el protegido de la duquesa viuda de Angulema, madre del rey y durante su ausencia gobernadora del reino. Esta señora, que ejercia una influencia omnimoda en el ánimo del rey, fué no solo la que le empeñó mas y mas en esta fatal conquista del Milanesado, sino la que le privó de uno de sus mas valientes y experimentados capitanes, el condestable de Borbon. Habia tenido éste resolución para rechazar las exigencias políticas de la gobernadora y aun sus pretensiones amorosas, po-

niendo en ridiculo la boda que con él proyectaba. Entonces aquella muger altiva y resentida trató de perder al condestable, que viéndose en desgracia del rey, con sus cuantiosos bienes confiscados y casi proscrito, no tuvo mas remedio que acogerse á España y aceptar el ventajoso partido con que le brindaba la sagaz política de Carlos V.

A este mismo condestable y al marqués de Pescara fué á quienes previno el emperador, que pasando los Pirineos invadiesen prontamente la Francia, para distraer á Francisco I de sus conquistas en Italia, dándole que hacer en su reino. Los dos generales cumplieron de tal modo la voluntad del emperador, que en breve llegaron hasta Marsella; mas sabedores de que los franceses habian penetrado en el ducado de Milan á últimos de octubre de 1524, levantaron el campo y, en veinte dias llegaron á vista de Pavia, única plaza del Milanesado que ya quedaba por los españoles y vivamente atacada por todo el ejército francés, pero que estaba defendida por el ilustre don Antonio de Leiva.

II.

Aunque Pavia no era una fortaleza de primer orden, resistió por mucho tiempo los ataques del ejército francés, merced á las acertadas disposiciones y animosa defensa de Leiva, que entre toda aquella gloriosa serie de capitanes que Carlos I de España tuvo la dicha de poseer, era tal vez el mas experimentado y el mas sereno á vista del peligro. Confiaba Leiva en la llegada de un pronto socorro, y así que este llegó en efecto, se conoció era forzoso fiar el éxito de aquella larga campaña á una batalla final y decisiva. Señalóse para ella el dia 24 de febrero de 1525, que era precisamente el aniversario del nacimiento del emperador, por lo que todo el campo español estaba de gala, y los soldados tan alegres y serenos como si hubiesen de concurrir á una fiesta. Los franceses no estaban menos confiados ni lujosos, distinguiéndose entre toda aquella brillante nobleza el rey Francisco I sobre un hermoso caballo rucio, llevando sobre las armas un sayo de brocado y terciopelo morado, bordado á escamas y con muchas efes de plata, cordones de oro y seda morada. En el almete ondeaban dos plumas, una amarilla y otra blanca con banderetas moradas. La divisa del rey era *modo et non plus* ó sea *esta vez y no mas*, porque en aquella decisiva jornada creia el monarca francés quedar de hecho dueño de la Italia.

La batalla fué sangrienta, y hacia mucho tiempo que no se habia dado una acción tan encarnizada. El primero é impetuoso ataque de los franceses y los certeros disparos de su numerosa artillería hicieron estrago en los imperiales é introdujeron el desorden en sus filas, batiéndose, sin embargo, con desesperacion en medio de un ruido confuso y horrible. La vista de los gefes mas queridos de uno y otro bando eran conducidos muertos ó heridos, inflamaba mas el ardor de los soldados, y en lo mas recio de la pelea, cuando el rey Francisco con la flor de sus guerreros venia arrollándolo todo, el intrépido marqués de Pescara, adelantándose á los tercios españoles, gritó:

—Ea, mis señores de España: esta es la ocasion de saciar el hambre que de honra tuvisteis.

Los españoles acometen como verdaderos leones y destrozan aquel lucido escuadron, cebándose sin piedad en los que mas lucidos trages y brillantes armaduras ostentaban,

y en esta espantosa refriega mueren el almirante de Francia, Bonnavet, La Palisse, y otros muchos distinguidos caballeros: en vano acuden al socorro los quince mil tudescos del escuadrón de la banda negra, porque estos y los suizos y los esguizaros son contenidos y luego acuchillados por los arcabuceros y hombres de armas españoles, gritándose ya por todo el campo ¡Victoria por el emperador!

El rey Francisco I, después de haber dado buenas pruebas de su valor, huía con los suyos por la orilla del Tesin para ganar el puente, cuando su caballo cae mal herido de un arcabuzazo y antes de que el rey pueda incorporarse, un soldado español, llamado Juan de Urbietta y natural de Hernani, se precipita sobre él, diciéndole:

—Ríndete!

—Soy el rey, contesta el desventurado monarca, y solo me rindo al emperador.

Púsole entonces el orgulloso vizcaino la punta del estoque al escote del costado de la armadura, sobreviniendo otros soldados que pugnaban por matar al prisionero, y pasáralo bien mal, sino llegasen el capitán Diego de Avila y Mr. de la Mote, que arrojándose á los pies del monarca, le dijo encarecidamente:

—Rendios, señor, y no lucheis mas contra el destino que no siempre está de parte del valor.

Entonces el rey entregó su manopla al capitán Avila como gage de rendición, y presentándose Lannoy, virey de Nápoles, le entregó su espada teñida de sangre, diciendo:

—Tomad la espada de un rey, hecho prisionero por su mala suerte y no por cobardía. Antes de rendirla he derramado con ella la sangre de muchos de los vuestros.

Lannoy recibió de rodillas la espada de Francisco I, á quien besó la mano: después levantándose y tirando de la suya, se la presentó al monarca por la empuñadura, diciendo:

—Suplico á V. M. que reciba mi espada que ha preservado la vida de muchos de los suyos. No conviene á uno de los capitanes del emperador, el tener á un rey desarmado, aunque esté prisionero.

La persona del rey fué puesta en seguridad y tratada con la mayor cortesía por los gefes españoles; pero los impacientes soldados que habian concurrido á la prision de Francisco I, se arrojaron sobre él y le quitaron los collares, las plumas y las banderetas del casco, y hasta le arrancaron á pedazos el sayo de armas ó sobreveste que llevaba, para mostrar ufanos aquella prueba de su victoria y de la buena presa que habian hecho.

III.

La espada de Francisco I de Francia fué depositada mas tarde en la Armería de Madrid, de cuyo riquísimo depósito de gloriosos trofeos fué sustraída y solo por la fuerza, durante la última invasión francesa, conservándose hoy tan solo un exactísimo modelo de aquel testimonio de las antiguas glorias españolas. Francisco I trasladado primeramente á la fortaleza de Pizzighettone, desde la cartuja de Pavía, donde estaba depositado, vino al fin también á Madrid, según la voluntad del emperador, y estuvo encerrado en la torre de Lujan de la plazuela de la Villa. Carlos V no fué cruel con su prisionero, pero deseoso de humillar su arrogancia, le hizo pagar bien caro su rescate. Siempre se mos-

tró afable con él, y aun se dignó visitarle en su prision; pero el monarca francés solo consiguió recobrar su libertad en virtud de un tratado oneroso, firmado en Madrid el 17 de enero de 1526. Por este tratado renunciaba Francisco I á todas sus pretensiones sobre Nápoles y el Milanesado, Génova y Asti, así como á la soberanía de la Flandes y el Artois. Habían de quedar en rehenes el Delfín y el hijo segundo de Francisco I, hasta que en un tiempo prefijado se cumpliera exactamente el convenio, quedando en caso contrario obligado el rey, bajo palabra de honor, á volver espontáneamente á constituirse en su prision.

Estas fueron las condiciones que el rey Francisco I aceptó con ánimo resuelto de no cumplir ninguna, como así lo hizo luego que se vió salvo y libre en su reino. Prestando que el temor y la fuerza le habian arrancado aquellas promesas durante su cautiverio, solo trató de lo que él llamaba vengar su honor y reparar los males de la Francia, aunque las pérdidas que este reino habia experimentado, le obligaron á firmar la paz de Cambray en 1529.

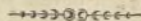
Así correspondió Francisco I de Francia á la confianza del emperador, á las atenciones y miramiento con que fué tratado durante su cautiverio, y sobre todo á la generosidad de los caudillos españoles, que cuando le tuvieron entre sus manos en Pavía, accedieron sin titubear á todo cuanto el atribulado monarca les demandaba. Así fué que al descubrir las puertas de Pavía, viendo que le iban á entrar prisionero en esta ciudad, se detuvo consternado, y volviéndose á los caballeros que le rodeaban, les dijo:

—Por piedad, señores, que no reciba yo la afrenta de entrar prisionero en Pavía, después de haberla tenido inútilmente y por tanto tiempo cercada.

Aquellos guerreros en el calor de la victoria accedieron en el acto á esta petición, y solo merced á esta generosidad española pudieron ser una verdad esas ponderadas palabras de Francisco I, cuando al escribir á su madre después de su derrota; solo estampó en la carta esta frase cruel:

—¡Señora, todo se ha perdido, menos el honor!

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



DEL ORIGEN DEL CAFÉ Y SU USO EN ORIENTE.

El historiador *Ahmed Effendy* hace subir el descubrimiento del café al siglo XIII, en el año 636 de la egira. El primero que concibió la idea de hacer uso de él, fué un derribe de la orden de los *Schazilys* en *Moka*, en Arabia. He aquí como se refiere este hecho.

Un día aquel solitario fué espulsado del convento por su mala conducta, y desterrado á la montaña *Kiouhh-Ewsab*: encontrábase sin recursos y se moría de hambre en aquel desierto, é imaginó el hacer hervir los granos de un arbusto de que se hallaban cubiertas aquellas inmediaciones. Ya hacia tres días que se alimentaba con solo esa bebida, cuando sabedores de su destierro dos amigos suyos, fueron á verle y á llevarle algunos socorros. Su sorpresa fué estremada, cuando le encontraron tan fuerte como si no hubiese sufrido ninguna privación. Deseosos de conocer la bebida á que era deudor de la vida, la probaron, y hallando delicioso su perfume, continuaron tomándola durante los diez días que per-

manecieron con su amigo. Grande fué su júbilo cuando trascurrido aquel tiempo, se vieron curados de una enfermedad cutánea que padecían, y que les molestaba muchísimo: ambos atribuyeron tan prodigioso efecto á la bebida salutar. No tardó mucho en divulgarse la noticia por *Moka*, y los habitantes fueron á la montaña á buscar los granos del *cahhvé*, é hicieron uso de él con el anhelo que inspiran la novedad y la esperanza de un medicamento tan agradable como eficaz. Bien pronto llegó á ser el remedio de todos los males, y como una panacea universal; pero precisamente como medicamento era peligroso su abuso: sin embargo, su delicada fragancia y sabor agradable, no contuvo ni aun á aquellos para quienes éra contrario.

El príncipe de Moka llamó al *dervich*, le colmó de beneficios, y en honor suyo mandó construir al pie de la montaña un convento, que segun se dice, todavía subsiste. El autor del descubrimiento se ha hecho célebre con el nombre de *Scheykh-Omer*. Tal es, segun las leyendas árabes el origen de esta bebida, que forma las delicias de todo el Oriente y de una buena parte de la Europa.

Durante largo tiempo solo la usaron los árabes, y hasta un siglo despues el *cahhvé* ó *café* no se introdujo en Egipto, en Siria, en el Asia Menor, en Persia y en la India.

En 1546, año 952 de la egiira, en el reinado de Soliman I llamado el Magnífico, dos sirios de Alepo y de Damasco nombrados *Hukin* y *Scheuss* llevaron el *café* á Constantinopla. Establecieron dos grandes tiendas de este artículo en el arrabal *Fahh'ul-Cal'aa*, como nos lo asegura el escritor turco *Petscheuy*; bien pronto los *effendis*, los *ischeleby*s, los señores, y en una palabra, los *muderiss* y *cadis*, los *gêfes de la ley*, atraídos por el encanto de aquella bebida, acudieron á ellas en gran número, y pasaban allí la mitad del día jugando al ajedrez y las damas, refiriendo noticias, y hablando de artes, ciencias y política. Llegó á ser tan numerosa la concurrencia, que los *imanes* ó ministros de la religion, se alarmaron y lanzaron sus anatemas contra los *café*s. Sus clamores produjeron una viva impresion en el *mufti*, jefe de los *ulemas*, doctores de la ley, que por debilidad mas bien que por convicción, espidió un *fethwa*, decreto, en que declaraba que todo comestible reducido á carbon, debía ser mirado como proscrito por el islamismo. Este decreto sorprendió á todo el mundo, y fué combatido por los letrados mas ilustrados y distinguidos. Despues de largos debates prevaleció su opinion, y el sultan revocó el decreto. Entonces se abrieron en Constantinopla mas de cincuenta *café*s, y en los reinados siguientes de Selim II y Amurates III, se contaban ya seiscientos ó setecientos. Muchas de aquellas tiendas, protegidas por los ricos de la corte, llegaron á ser sitios de disolucion y de prostitucion, y el sultan Amurates se vió obligado á prohibirlas, como tambien aquella bebida, que segun decian, incitaba á todos los excesos, y parecia tan perjudicial á la moral como á la salud. Entonces se suscitaron nuevas disputas entre los *ulemas*, quiénes despues de un profundo y maduro exámen, declararon por una gran mayoría que el *café* en nada era contrario á las leyes del *Koran*, porque el grano estaba tostado y no carbonizado. Amurates III revocó, pues, su decreto, volvieron á abrirse las tiendas, y el *café* llegó á ser de uso general. No tardaron en repetirse los desórdenes como en el reinado del vicioso Selim, y aquellos sitios fueron el punto de reunion de los disolutos y pendencieros. Allí se cometian

á vista del público todos los crímenes, y Amurates IV se vió precisado á prohibirlos, como tambien el tabaco y el opio, reputando con razon estas sustancias, como escitantes no menos funestos que el vino y los licores fuertes.

Aquella medida, era comprender perfectamente, sinó la letra, el espíritu del código religioso; pero Ibrahim I hermano y sucesor de Amurates, mas débil y menos virtuoso, permitió que volviesen á establecerse, y desde entonces no hay en Oriente una aldea, ó por mejor decir, el espacio de una legua, en que no se encuentre un *café*, indispensable para la felicidad de la vida. En todos los paseos y calles concurridas, se ven á veces hasta veinte ó treinta juntos. Algunos están contruidos con mucha elegancia en forma de kioscos, y siempre se hallan colocados en los sitios mas pintorescos y alegres. Las deliciosas orillas del Bósforo están cubiertas de ellos; pero en el cuartel de Psamatia Kapousio á orillas del mar de Mármara, es en donde se encuentran los mas elegantes y pintorescos. Generalmente esparcen allí sombra y frescura, árboles, jazmines y hermosos emparraños que los preservan de los rayos del sol; por todas partes se ven bancos y sofás cubiertos de tapicería y de alfombras, y fuentes con elegantes pilones de mármol con esculturas y rodeados de flores: estos lugares de descanso son muy apreciados de los turcos, únicos entre las diversas razas, griegas, armenias, judías, ó francas, que comprenden el verdadero *kief*. Esta palabra turca que espresa una cosa tan importante en la vida oriental, exige una explicacion, porque es muy difícil y aun imposible traducir por una palabra de nuestro idioma que tenga alguna correspondencia con ella, y solo por medio de perifrasis se puede hacer comprender bien su sentido completo. El *kief* es el *far niente* de los turcos, pero tan superior á este, como el *far niente* lo es al *pasatiempo* de la tienda de vinos y licores: hay tanta diferencia de uno á otro, como del diamante al cristal. El *far niente* no es mas que el no hacer nada, tenderse al sol ó á la sombra; pero el *kief* es en primer lugar, el no hacer nada que cause molestia, y en segundo, tenderse sobre unos almohadones fumando con una pipa de jazmin ó de cerezo llena del mas suave tabaco, que un jóven esclavo enciende con una yesca perfumada; luego beber el *café* gota á gota, ó bien helados de violeta, naranja y rosa, y oír la música turca tan adormecedora y monótona para los europeos, pero tan llena de dulzura para el oído de los orientales. Agréguese á todo eso la belleza del sitio, que es una cosa indispensable; una atmósfera cálida y que convida al reposo, mucha frondosidad, y sobre todo agua, aunque sea en un rincón del Bósforo visto desde lejos, y se tendrán los principales elementos del *kief*.

En los países cálidos, el hambre no es nada; por todas partes se encuentra un dátil ó un higo seco para aplacarla; el padecimiento mas doloroso es la sed, en el Norte suceda lo contrario. Asi es, que el agua no tan solo es esencial para beber, sino para recrear la vista: sin el agua no hay alegría, no hay contento para el ánimo ni para el cuerpo; en una palabra, no hay verdadero *kief* posible sino al lado de un estanque ó de una fuente. La pipa solo se ha inventado con el fin de oír el dulce murmullo del agua, tan amado en los países en donde el sol lanza sus rayos abrasadores.

En los *café*s es en donde por lo regular los poetas, los músicos y los jugadores de manos despliegan todos sus ta-



Barberia en Africa.



Café en Africa.

lentos y habilidades. Allí, en Bagdad, en Damasco y en el Cairo, han nacido esos cuentos de las Mil y una noches, y esas poesías célebres hasta en medio del desierto. ¡Cuántas veces en esa última ciudad, la única quizás que conserva todavía su carácter, he asistido á esas narraciones de que los árabes no se cansan jamás!

Esas historias sufren variaciones continuas segun la imaginación de los que las refieren, que por lo general se desarrolla hasta la exageración. A los narradores y músicos los paga el dueño del café, que procura proporcionarse cuanto puede atraer la concurrencia, y conservarla largo tiempo con objeto de aumentar el consumo, lo cual no es difícil, porque la pereza de los orientales es tan estremada como su afición al café. Durante las noches del *Ramazan* (tiempo del ayuno), es cuando se redobra en los cafés el gusto y la elegancia; las iluminaciones, los ricos trages de los *kadfejs* ó mozo de café, las figurillas de los titiriteros y las sombras chinescas eróticas, que divierten hasta el delirio á jóvenes y ancianos, todo se pone en juego para atraer á la multitud. En Constantinopla, hombres, mugeres y niños de todas edades y condiciones, toman el café desde la mañana hasta la noche. Si se entra en casa de un comerciante ó se hace alguna visita á un señor turco, árabe, persa, griego, judío ó armenio, el dueño de la casa ofrece desde luego el café. Si la visita se prolonga se ofrecen dos y tres tazas. Estas, de porcelana turca ó de la China, son muy pequeñas, y cuando las presentan, para no quemarse, las colocan en otras tazas de metal que sirven de salvillas ó bandejas, y que llaman *zarf*. Estos *zarf* son de cobre, de plata ó de oro, enriquecidos con esmalte y con pedrería. Los jóvenes esclavos, al servir el café, se ponen la mano derecha sobre el corazón. En Oriente no se aprecia mas que el Moka; así es que durante la guerra con el Egipto, los turcos se vieron cruelmente privados de él, porque esa especie de café había llegado á ser tan rara y tan cara, que sólo los grandes señores podían proporcionársela.

El modo con que los árabes preparan el café es muy sencillo. Despues de tostar el grano le muelen en mortero de madera, de mármol ó de bronce, hasta que se reduce á polvo sumamente fino; luego, cuando el agua comienza á hervir, ponen cinco ó seis cucharaditas de él en una cafetera de cobre estañado, que contiene cerca de dos vasos de agua; entonces, cada vez que se eleva la espuma, tienen cuidado de retirar la cafetera del fuego, hasta que haya desaparecido aquella espuma, lo que se verifica despues de siete ú ocho hervores. Si es posible se debe tostar y moler el grano en el momento de emplearle, porque el aroma se evapora prontamente.

En Egipto esta bebida es un verdadero néctar, y hay sitios públicos y almacenes inmensos, en donde desde la mañana hasta la noche no se hace otra cosa que tostar y moler café. Los morteros tienen la forma de unas artesas, á lo largo de las cuales, una porcion de hombres medio desnudos y armados con un grueso mazo, muelen aquel grano precioso; de ese modo la parte oleosa permanece siempre combinada con el polvo, que así conserva todo su sabor.

Los orientales jamás mezclan el café con la leche, y muy rara vez le echan azúcar para no alterar su gusto; le beben tibio, gota á gota, aspirándole é interrumpiéndole para alternarle con la pipa. Así es que las pipas y el tabaco son indispensables en los cafés.

El tabaco, como es bien sabido, no ha sido conocido en Europa y en Asia hasta despues del descubrimiento de la América. El año 1603, en el reinado del sultan Ahmed I, fué cuando unos comerciantes le introdujeron en Constantinopla. Lo mismo que acerca del café, los letrados disputaron largo tiempo para saber si su uso era ó no conforme á los principios del islamismo. Los incendios que asolaron muchas veces á Constantinopla en el reinado de Amurates IV, y que se atribuian á la imprudencia de los que fumaban en los cafés y en los almacenes, decidieron al sultan á prohibir el tabaco con un rigor escesivo. Pero la pipa volvió á aparecer en cuanto el café fué permitido, y lo mismo que esa bebida, el tabaco ha llegado á ser de un uso general en todo el Oriente. Reuniendo el lujo al placer, los orientales ponen tanto esmero en la hermosura de las pipas como en la calidad del tabaco. Los tubos son por lo regular de madera de cerezo, y algunas veces de jazmin, cuyos tallos, largos y flexibles, son mas elegantes. Es un trabajo verdaderamente interesante la colocacion de los cordones y de los pesos que deben mantener rectas y sin nudos las ramas de jazmin, cerezo, rosál ó de avellano, destinadas para tubos de pipa. Esas maderas son preferidas en razon á su perfume, que se mezcla agradablemente con el del tabaco. Los tubos suelen estar algunas veces guarnecidos de hilillos de seda, plata ú oro; la estremidad por que se aspira el humo es de ámbar blanco ó amarillo, de coral y de otras piedras duras, enriquecida con frecuencia con diamantes ó esmaltes, y no es raro ver en casa de los principales bajaes, pipas de 40, 60 y 80,000 reales. Las de las señoras de clase elevada son todavía mas elegantes: usan tambien pipas á la persa, dispuestas de manera que, atravesando el humo por el agua de rosa, sale fresco y perfumado. Se las llama *narquile* en Constantinopla, y *chiché* en el Cairo. Las nueces que sirven de hornillos para el tabaco son de una tierra encarnada muy fina y maleable, lo cual permite hacer dibujos en ella y molduras muy elegantes. Lo mismo que con respecto al café, la política exige que se ofrezcan pipas á todos los que hacen visitas, y es bien fácil comprender cuán costoso les debe ser á los grandes señores el tener constantemente preparadas y en estado de servir, cincuenta, ciento ó doscientas pipas de mucho valor. Para este servicio hay destinado un gran número de esclavos, y cuando las habitaciones no son espaciosas, las pipas se cruzan de tal modo que es necesaria toda la calma turca para no producir ni choque ni incendio; cuando el frio obliga á cerrar las ventanas ó balcones, la atmósfera se condensa de manera que no pueden distinguirse ni aun los objetos mas inmediatos.

Un turco, un árabe, ó por mejor decir, un hombre del Oriente, jamás sale sin su pipa y su tabaco, porque estos objetos de placer han llegado á ser para él una verdadera necesidad.

Tendido sobre el verde césped á orilla de una fuente, ó á la sombra de un plátano, el musulman fuma su pipa, bebe el café, repite muchas veces el nombre de Alá, y descansa con satisfaccion, mirando como perros á todos los que no obran del mismo modo que él.

Los subalternos jamás se permiten fumar delante de su superior. Puede comprenderse muy bien el inmenso consumo de tabaco que se hace en esos paises. Muchos distritos le suministran, pero el mas apreciado es el de *Yenidje* en Morea, y el de la *Attaquia* en Asia. No se hace caso de los

tabacos extranjeros. Nadie le masca: algunos toman polvo, y todos le fuman, la mayor parte con escoco.

No hay musulman que por una costumbre contraida desde la infancia no se fume diez ó veinte pipas cada día, y se beba otras tantas tazas de café. Como todos á quienes los escocos han debilitado, creen reparar sus fuerzas con nuevos escitantes; pero no tardan en sufrir la ley fatal impuesta al que violenta la naturaleza, y en verse condenados antes de tiempo á una doble impotencia física y moral. En nuestro concepto, esa es una de las causas del letargo ó entorpecimiento en que en el día se halla esa nación, que en otro tiempo dió tantas pruebas de inteligencia y buena organización. El abuso de los soporíficos, alejándola de todo trabajo intelectual, é inclinándola por el contrario á satisfacer los instintos puramente animales, ha embotado y enmohecido los resortes del entendimiento; así es que se ve perecer de debilidad é indolencia á ese pueblo que lleva en su fisonomía el tipo mas noble de la mano del Criador, á ese pueblo dotado de todos los beneficios del cielo en esa tierra prometida, en donde le era sumamente fácil llegar á la mayor perfectibilidad posible.

Como las aves de rapiña se precipitan sobre los cadáveres, los pueblos vecinos aceleran ya su agonía y se encarnizan sobre él para desmembrarle, porque nosotros acostumbramos á predicar la caridad y la justicia de hombre á hombre, pero no de pueblo á pueblo. ¡Cuántas declamaciones hemos oído contra los que creyendo hacer una cosa santa predicaron las cruzadas!... y á pesar de la reprobación filosófica del siglo XVIII, ¡cuántas gentes habrá dispuestas á continuar semejante obra!... La guerra, el combate de la verdad contra el error, debe sostenerse siempre con la palabra, jamás con el acero. De la una brota la luz que ilumina, del choque del otro el fuego que consume y destruye.

Acordémonos también para ser justos con esos pueblos del Oriente, de que su país fué la cuna de las artes y las ciencias; y si esas razas, que tienen el mismo origen que nosotros, están adormecidas en el día, es después de haber producido con profusión. Literatura, arquitectura, pintura, música, álgebra, astronomía, química, medicina, agricultura y toda especie de fabricación, todo nos lo han enseñado, ó por lo menos indicado. ¿Y en cuántos ramos no somos todavía inferiores á ellos? No nos envanezcamos, pues, tanto, y no los tratemos como á bárbaros; procuremos darles la mano como hermanos, para que vuelvan á ocupar el lugar que les corresponde en la gran familia de la humanidad.

EL SALTO DE SANTIAGO.

I.

Habíamos madrugado mucho aquel día.

A la ondulosa y progresiva luz de la mañana, los objetos empezaban á recortarse en lontananza con sus exactas proporciones, con sus colores, con sus movimientos, con su vida, como si despertaran de un sueño profundo á los primeros rayos del alba; imagen diaria de la creación al salir del caos, de inimitable grandeza y poesía, en aquel momento en que las medias tintas del gran cuadro dan una entonación magestuosa á cuanto se diseña, á cuanto se relieves en el horizonte.

Constituyen un territorio bellissimo, digno de la curiosidad del geólogo, del pintor y del poeta, aquellas enormes montañas que faldea el Sil al penetrar en Galicia.

Es sumamente impresionable, y máxime á esas horas en que va á salir ó á desaparecer el sol, aquel panorama de gigantescos obeliscos de granito que se destacan sobre el fondo oscuro y lúgubre del firmamento, ó que esculpen sus caprichosas formas en el risueño océano de verdura que una vegetación vigorosa ha reunido á sus plantas.

Los ríos, las cascadas y torrentes que habeis visto en los sombríos paisajes ó en las melancólicas inspiraciones de nuestros pintores, los encontrareis allí indudablemente. Allí, entre aquellos peñascos cubiertos de musgo, y entre aquellos corpulentos nogales que inclinan sus copas sobre los abismos y pendientes rápidas.

Cuando el Sil, engrosado con las aguas del Bisuña, se lanza impetuoso y rugiente por aquel cauce ruidoso, formado por los rectos flancos de la dentada sierra de Pardollan: cuando sus espumosas ondas se desvanecen en los poéticos valles de Sobradelo y Villamartin, sin una roca que se oponga á su precipitado curso; cuando deja de oírse, en fin, aquel estrépito de su marcha á través de negras y escalonadas rocas, y las arboledas de Corven le cubren enteramente con su frondoso ramaje, entonces el paisaje cambia enteramente. Cuanto pierde de selvática grandeza y de sombría magestad, gana en colorido y hermosura.

Allí, á su ruido atronador y eterno, suceden los cantos de las aves; á sus rocas agrupadas en espantoso desorden, vistosos árboles frutales, y á su cielo oscuro y nebuloso un cielo azul, orlado de fantásticos celages.

Es una transición hidrogeográfica, como diría un geonosta; pero una transición sorprendente. El Sil recorre un terreno maravillosamente quebrado y pintorescamente variado, propio de la estructura geológica de un territorio montañoso, que el Señor levantó como un dique en un extremo de Europa, para contener el impulso de los dos mares mas dilatados, el Océano Atlántico y el Cantábrico. El Sil es el río de las baladas del Norte... Ningún río baña mas ruinas de castillos feudales, de fortalezas religiosas y de monasterios saqueados y devastados por el furor popular. Poético, como su nombre, tiene también su *mito* del tiempo de los suevos, y sus *dolmenes*, sus *castros* y sus *momoas* del tiempo de los celtas. Los godos levantaron templos y palacios en sus márgenes; los moros mezquitas y atalayas; los cristianos del tiempo del Cid castillos y conventos, y los cristianos del día *quintas*. Cada raza, cada generación ha dejado impreso en sus orillas las huellas de su paso, porque no han reformado destruyendo, han reformado elevando. Las piedras de un castro sirvieron para una atalaya, y las de una atalaya sirvieron para un castillo; las piedras druidicas de un dolmen para una mezquita, y las de una mezquita para un monasterio. Hoy todas esas piedras que labró el suevo, el celta, el godo, el árabe y el cristiano de los tiempos del feudalismo, son quintas, gracias al papel contra el tesoro.

Estas son las vicisitudes de la fisonomía monumental del Sil, que pueden tomarse por las de la fisonomía moral, porque, como se dijo acertadamente, la historia política y moral de un país la dejan escrita en piedra las generaciones que se suceden.

Poco mas ó poco menos, todo esto se ve en cualquier

país, cuya riqueza territorial es origen de sucesivas dominaciones; pero lo que mas particulariza al Sil, lo que le individualiza mas y le da mas poder sobre los otros rios, y aun esplendor, si se me permite esta palabra, son sus *aureanas*.

¿Sus aureanas? Si... las lindas jóvenes que desde que el sol sale hasta que se pone se dedican á extraer oro de sus orillas.

¿Oro? Si; Dios ha querido conceder á las márgenes del Sil innumerables partículas de este precioso mineral.

Sus aureanas son, pues, sus ninfas, sus náyades; pero no unas ninfas ni unas náyades fantásticas, sino reales, que os saludan amorosamente, os miran y os hablan con la sencillez rústica de aquellas soledades, es verdad, pero que por eso no dejan de impresionaros aquellas bellezas como las de los salones artísticamente decorados.

Hemos dicho que el Sil es el rio de las baladas del Norte, porque en el Norte de nuestra España no hay rio mas enriquecido de supersticiones poéticas, que robustecidas por la tradicion, pasan en nuestros dias como episodios de la historia nacional, olvidadas por el padre Mariana.

II.

Volvamos á nuestras aureanas.

De Arón á Tráver hay una legua escasa: el país es sumamente variado y pintoresco como dejamos dicho; los primeros rayos del sol todo lo embellecian con su luz de oro, y cuando llegamos á esta última parroquia, sin separarnos nunca de las márgenes del Sil, participábamos de esas impresiones tan gratas del viagero que atraviesa un país delicioso como el sueño de una virgen. De tiempo en tiempo, entre las rocas ó los árboles de la orilla, veíamos agitarse una aureana, pintorescamente inclinada sobre el rio, con su saya encarnada, su jubon de veludillo lapiz-lázuli, y su pañuelo blanco á la cabeza. Allí, en aquellas asperezas, en aquellas soledades que corta el murmurante Sil, las aureanas parecían unos seres fantásticos de las baladas del Rhin, ó las náyades no menos fantásticas de la mitología. Lo que en otros varios rios fué ó es una ilusión, una concesión de poeta, un canto de Ossian, allí, en el Sil, es una realidad.

¡Oh! seguramente que nada mas poético que la existencia de aquellas pobres vírgenes de quince años, á quienes sus padres envían á la orilla del Sil, ó que ellas, ya por efecto del hábito contraído, permanecen allí de sol á sol.

Entre la ría de Valdehorras y Villacastin, en el camino de Castilla, encontramos una mucho mas linda y seductora que cuantas viéramos hasta allí. Era bella y melancólica como la Minta de Ossian, como la Gulnara de Byron, como la Malvina de Oscar. A ella le debemos la tradicion del Salto de Santiago, que vamos á consignar aquí.

—¿Ven vds. ese peñasco que tienen delante? nos preguntó indicándonoslo.

Era un gran peñasco blanquizeco que se hallaba á orilla del rio. Nosotros hicimos una inclinacion de cabeza.

—Pues bien, continuó la bella aureana, mirenlo vds. mejor.

Nos aproximamos impulsados por la curiosidad que nos fundía el misterioso modo que tenia de designárnoslo, y vimos esmaltadas en él las herraduras de un caballo.

—¿Y esto?... preguntamos... ¿Qué quiere decir esto?

—Son las del caballo de Santiago.

—¿El apóstol?

—El apóstol.

—¿Y en señal de qué suceso se hallan así?

—¡Oh! en señal de uno muy grande! encareció ella.

—¿Cuál?

—En su tiempo... allá en los tiempos en que los moros eran dueños de este país, y el santo apóstol principiaba la milagrosa persecucion de aquella gente, se le ofreció hacer ver el influjo divino al pasar por aquí con un puñado de cristianos.

Hallábanse dos moras lavando ropa en la otra orilla del rio, y viendo al apóstol montado en su caballo blanco, lo reconocieron y lo insultaron burlándose de sus milagros.

—Santiago, le dijeron por último con gran desafuero; si en efecto eres santo y haces tantas maravillas, pasa aquí con tu veloz caballo y crearemos en tu Dios.

No había puente alguno por esta parte, y el rio ya ven vds. es muy ancho, tiene mas de cuarenta varas.

A la provocacion de las moras, Santiago quedó algun tiempo inmóvil, en oracion, y sus secuaces no apartaban de él los ojos.

Cuando concluyó su rezo, guió su caballo á ese peñasco que les mostré á vds.; hizo la señal de la cruz, picó el corcel, y... ¡zas! se plantó de un salto junto á las moras, las cuales á vista de aquel prodigio quedaron convertidas en dos peñas blancas.

Al concluir la aureana su tradicion, dirigimos la vista á la orilla opuesta, y en efecto, frente al peñasco de las herraduras se veían dos peñas blancas.

¡Notable particularidad! ¡No se veía otra peña mas en la falda de aquellas montañas!...

B. VICETTO.

ORGANO GATUNO.

Nadie ignora que cuando la ilustracion no habia conquistado á la humanidad del poder de la ignorancia, los pueblos, para obsequiar á sus reyes les ofrecían espectáculos en que se mezclaba lo serio con lo ridiculo. En 1549, hallándose en Bruselas el emperador Carlos V, entre los festejos que se celebraron en ocasion de la llegada de su hijo don Felipe, hubo un espectáculo que consistia en un carro que llevaba la música mas estravagante del mundo. Un hombre disfrazado de oso, iba tocando un órgano; este se componia de veinte ó treinta cajas en cada una de las cuales había encerrado estrechamente un gato de modo que no pudiera moverse: ninguno de los gatos era rabon, y estaban colocados por el orden que el inventor del órgano habia trazado, para conocer las voces de tiple, bajo, contralto, etc. Cada cola de gato, salia por un agujero practicado en la cubierta de la espresada caja, y estaba atada á un alambre fijado en el registro del órgano. A medida que el profesor apretaba las teclas, cada una de ellas levantaba el alambre que le correspondia, y por razon natural tiraba de la cola del gato á que se ligaba, respondiendo en el acto el maullido de bajo profundo ó tiple, segun lo exigia el aire de la música, y asegura el cronista que no hubo falta de compás ni discordancia, ni puntos falsos. Y nada menos que Carlos V y su hijo estuvieron presenciando esta música estravagante desde el balcon de las casas consistoriales.

Hace unos cuarenta años que en Lóndres se celebró tambien un concierto de gatos, pero sin la máquina del órgano.

ESTUDIOS DE VIAGES.

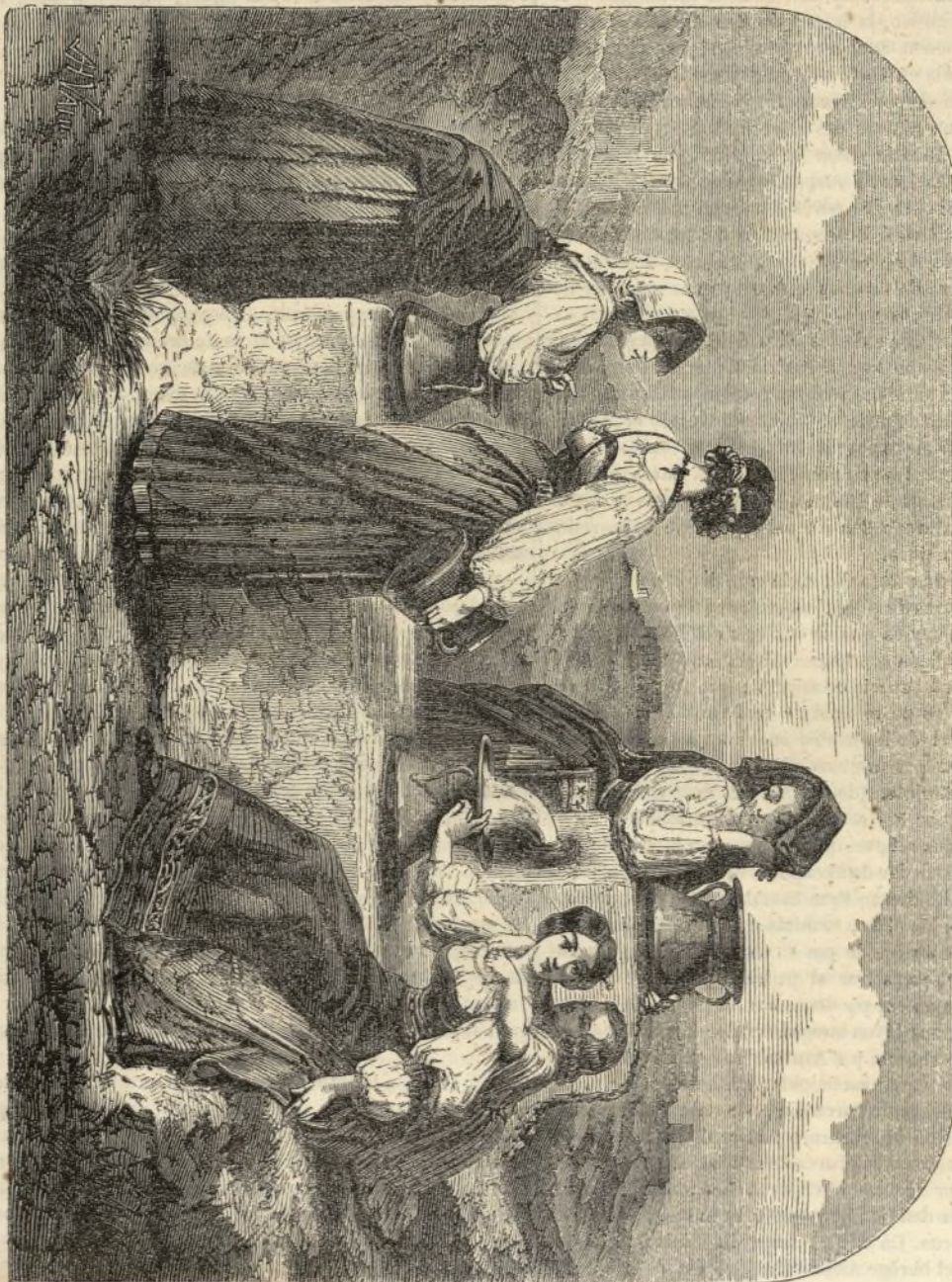
ITALIA.—PÁDUA.

Padua es una de las mas importantes y antiguas ciudades de la Alta Italia, y constituia antes de la destruccion de la

moreras; y el vigor y la elegancia de las parras enlazadas a lo largo del camino en forma de guirnaldas, producen un efecto encantador cubriendo las ramas de los árboles, y estos festones cargados de hojas y de frutos recrean la vista de un modo admirable.

Padua se halla situada sobre la ribera derecha del Brenta. Puede decirse que su campiña es el gran jardín de Ve-

necia, poblado de elegantes casas de campo ó villas, en donde cada patricio venia en otro tiempo á descansar del ruido de los negocios ó del cuidado de la politica. Los arcos de piedra que encuadran cada una de sus calles, y bajo los cuales desafian sus habitantes el sol del estío y las lluvias del invierno, son mas cómodos que poéticos. Sus murallas llenas de bastiones y guarnecidas de fosos, abrazan una estension de dos leguas y media de circuito. La arquitectura de las casas es monótona y falta de estilo, empero los edificios públicos son notables, especialmente las iglesias y



Tipos Italianos.—Grupo de mugeres en una fuente.

república de Venecia por Bonaparte uno de sus principales estados.

El paisaje que rodea á Padua es de lo mas risueño y ameno que puede darse. Los caminos están plantados de

palacios. Los paduanos hacen remontar el origen de su ciudad á los tiempos de la guerra de Troya, apoyándose en la autoridad de Virgilio y Tito Livio. Alarico y Atila cuando desolaron la Italia la destruyeron. Carlo-Magno y los lombar-

dos se batieron encarnizadamente dentro de sus muros. Empero si la irrupción de los bárbaros estuvo á punto de hacerla desaparecer del mapa de Italia, en cambio la edad media la dotó de monumentos grandiosos y respetables, que aun causan hoy la admiración del viagero.

Naturalmente lo primero que ocurre á éste al llegar á esta ciudad, es visitar el templo donde está el sepulcro de San Antonio. Edificada sobre las ruinas de un antiguo templo, del género gótico, la iglesia de San Antonio, á quien los paduanos tienen una gran devoción, fué comenzada en 1238 y acabada en 1507, sobre los planos de Nicolás Pisano. Está coronada con seis cúpulas, y encima de la puerta principal hay una pintura del célebre Montegna, que representa á San Antonio y San Bernardino, con la inscripción siguiente: *Andrea Montegna optumo fabante numine perfecit MCDLII*: obra de Andrés Montegna por la gracia de Dios óptimo. Este edificio, compuesto de tres naves, encierra gran cantidad de monumentos fúnebres, de estatuas, de bajos relieves, de cuadros que ocupan la atención del viagero muchas horas.

Encima de cada una de las pilas del agua bendita hay una estatua de Ticiano Aspeti. Pasando la nave lateral de la izquierda se ve el altar de la Virgen con un cuadro de Montegna. En todas las capillas hay bajos relieves de bronce, de Donatelo. El altar mayor es de Campana. Su capilla principal resplandece por los mármoles finos y las estatuas de los principales escultores de Italia, que han esculpido la historia del bienaventurado San Antonio en nueve bajos relieves del tamaño natural.

La capilla de San Antonio, en la que día y noche arden numerosas lámparas de plata, está construida sobre el plano de San Sobino, y es una de las mas célebres de Italia. La bóveda está tallada con bajos relieves muy hermosos por Ticiano Minio. Una especie de arca, en que reposan las cenizas del santo, es de mármol de verde antiguo. El metal de las puertas, el de los cuatro ángeles colocados al lado, así como el de las tres estatuas por Ticiano Aspeti, es tan fino como el de Corinto. Además hay dos grupos de mármol de Carrara, uno por Parodio y otro por Marinalli.

Los nueve bajos relieves que representan la vida de San Antonio están alrededor de la capilla. En el 1.º, San Antonio recibe el hábito de San Francisco delante de seis personas, por Minello. En el 2.º, reanima á una muger desmayada y peligrosamente herida por su esposo furioso, por Pellucca. En el 3.º, por salvar al padre acusado, rescita al hijo muerto poco antes, por Campana, discípulo de San Sobino. En el 4.º, una joven anegada vuelve á la vida en presencia de doce personas, por San Sobino, que ha espresado aquí con la mayor perfección todos los sentimientos. En el 5.º, la resurrección del joven Parracion, por Catanio. En el 6.º, diez testigos asisten al milagro por el cual hace encontrar el corazón de un avaro en el arca de su tesoro, por Lombardo. En el 7.º, por el mismo, el joven Leonardo está arrepentido de haber dado un puntapie á su muger, y se corta el mismo una pierna. En el 8.º, Juan de Minio ha grabado la conversión del herege Alejandrino, el día de la muerte de San Antonio. En el 9.º y último hace hablar á un niño de pecho. En una capilla que está á la inmediación del sitio donde primitivamente fué depositado el cuerpo del santo, hay varios cuadros de Justiniano de Padua. Encima de una tribuna está el retrato del santo, que murió de hidropesía

á la edad de 36 años en 1231, por Giotto. También hay en la misma capilla seis bajos relieves de bronce, representando pasajes del Antiguo Testamento, como la destrucción del templo por Sansón, la victoria de David contra Goliath, el juicio de Salomón, la muerte de Holofernes y el naufragio de Jonás. Los símbolos de los cuatro evangelistas, en bronce, están aplicados á los pilares de la capilla, y cerca de allí hay cuatro estatuas del mismo metal, colocadas sobre una magnífica balaustrada. En el santuario se han prodigado todos los géneros de mármol conocido, y hay una gloria de estuco en donde se manifiesta á San Antonio en el acto de entrar en el cielo.

Gran riqueza hay también en las demás capillas; empero la del Santísimo Sacramento es de mármol precioso, y por delante de ella tres grupos de bronce manifiestan el milagro en que el niño de pecho habla para hacer conocer la inocencia de su madre injustamente acusada; el prodigio de una mula que se supone adorar al Santísimo Sacramento, y Jesucristo muerto. Los tres grupos son de Donatelo. El tabernáculo ofrece tres órdenes de arquitectura, y está decorado con figuritas encantadoras de bronce por Donatelo, y columnas del mármol mas raro por Campana. Por cada parte que se le mire es un monumento distinto. A la derecha, por Gatamelata, padre, general; á la izquierda por su hijo.

Largo y enojoso seria hacer la nomenclatura de todos los tesoros de arte y de riqueza que encierra esta iglesia; lo poco que hemos dicho basta para formar una ligera idea y dar una muestra de su importancia. No es grande, es inmensa la veneración del pueblo por el patron de su ciudad. Muerto de hidropesía en 1231, fué canonizado al año siguiente, y desde ese tiempo tan remoto no ha cesado un momento de ser la providencia de Italia y Portugal. Nacido en Lisboa, fué arrojado á Italia por una tempestad cuando pensaba ir al Africa á anunciar el Evangelio á los infieles. En Italia predica con grande éxito; enseña en Montpellier, en Tolosa, y cuando volvía á Padua muere á la edad de 36 años. Otras muchas iglesias célebres y hermosas encierra también Padua, pero todas están eclipsadas por la iglesia de San Antonio, tanto en la belleza de su arquitectura y en la riqueza con que está decorada, como en el imperecedero respeto del pueblo. La iglesia de San Antonio es el mas rico monumento del arte gótico que se conserva en la ciudad. Sus esculturas son finas y delicadas, y sus encages inmensos, calados sobre piedra con la punta del cincel. En una palabra, la iglesia de San Antonio de Padua es en pequeño una imitación del San Marcos de Venecia, y anuncia desde lo exterior su gran riqueza, sostenida magestuosamente en sus seis cúpulas.

Hay también la catedral, comenzada en 1400 por el obispo Esteban de Carrara. Allí San Sobino, ese célebre arquitecto veneciano, trabajó en restaurarla y adornarla, y desde entonces hasta mitad del siglo XVIII no han dejado de hacerse en ella continuas mejoras. En esta catedral está inscrito entre los de los canónigos un nombre grande, un nombre grato á la poesía, el nombre de Petrarca. Aun se enseña el asiento que ocupaba el cantor y amante de Laura. En la misma catedral hay excelentes pinturas del Ticiano, especialmente una Virgen, y un San Gerónimo y un San Francisco de Jacobo de Parma. El defecto principal que se echa de ver en el exterior de la catedral, es la falta de unidad que presidió á su arquitectura; el gótico y el estilo ro-

mano se encuentran allí confundidos, y se perjudican mutuamente en el efecto, apareciendo el edificio pesado y poco elegante.

La iglesia de Santa Justina, obra del tiempo del renacimiento, atribuida á Andrea Riccio, arquitecto de Padua, es también digna de la visita y atención del viajero. En 1415, en un jardín del convento á que da nombre esta iglesia, se descubrió una caja de plomo que ha pasado hasta nuestros días por ser el sepulcro de Tito Livio, el famoso historiador romano, que era sacerdote del templo de la Concordia. El convento de los benedictinos había sido edificado sobre las ruinas de este templo en 1447. Este sepulcro, coronado de laureles, fué llevado con gran pompa por toda la ciudad, y depositado en el palacio de Justicia, que es uno de los edificios notables de Padua.

Delante de la iglesia de San Antonio hay una estatua ecuestre de Erasmo Nardi, general de las tropas venecianas. Es del célebre Donatello, uno de los mas ilustres artistas de su tiempo.

La mas hermosa plaza de la ciudad, regular, bien empedrada, se llama la plaza de la Señoría de los nobles. Allí hay tres edificios notabilísimos. La *loggia*, en donde se celebra el concejo de la ciudad. Su fachada se compone de nueve arcos, sostenidos por seis columnas y cuatro pilastras de mármol del orden corintio. Las paredes del gran salon se hallan cubiertas de magníficos frescos, que recuerdan acciones memorables de los hombres y matronas ilustres de Padua. El palacio del Comandante era en otro tiempo el de los Carraras, señores de la ciudad. La fachada tiene dos órdenes de pilastras, una sobre otra, con dos pisos que tiene cada uno cuatro ventanas. La puerta está coronada por una torre que encierra un reloj, el cual marca el curso del sol, las fases de la luna y los días del mes. La biblioteca pública, que se encuentra al lado, tiene ventanas sobre un patio de este palacio; aquella es importante por la rica colección de libros de que está dotada.

El palacio de Justicia tiene dos fachadas semejantes. Cada una de ellas tiene veinte y cinco arcadas, decoradas con veinte y cinco columnas de mármol. Dos escaleras por ambos lados conducen al *Salone*, sala la mas grande que se conoce. Su longitud es de 250 pies, su anchura de 80, y su altura de otros 80, sin mas apoyo ni sosten que las paredes, contra las cuales hay cuatro enormes pilastras. Bartolomeo Ferracina reedificó la cúpula de este palacio por orden del senado de Venecia hácia la mitad del siglo XVIII. En las paredes de este salon se ven restos de pinturas al fresco del Giotto, retocadas por Zanoni, muy antiguas, distinguiéndose los doce apóstoles, los signos del Zodiaco, las constelaciones, los planetas, las estaciones, los meses, y en la estremidad de esta sala, sobre un pedestal, se halla colocado el busto de Tito Livio, natural de Padua, y el pretendido monumento que se supone encierra sus cenizas, empero que arqueólogos modernos han reconocido tener solo los restos de un liberto de Libia. Dos estatuas de bronce representando á Minerva y á la Eternidad lo acompañan. Sobre este monumento fúnebre se notan las alegorías del Tiber y del Brenta.

Al lado de estos monumentos de las artes se ve uno consagrado á la ciencia, y que ha sido muy glorioso en otros tiempos; hablamos de la Universidad de Padua, que fué por muchos tiempos la metrópoli de la inteligencia europea, que

tenia grande autoridad en el mundo, cuando en 1222 el emperador Federico trasportó á su seno la universidad de Bolognia, sobre la que habían lanzado su terrible entredicho muchos papas. La arquitectura de esta universidad es magestuosa. En la fachada hay cuatro columnas acanaladas de orden dórico. El patio cuadrado es de bastante estension, y en cada frente de él hay un pórtico con dos pisos formado por siete arcos con seis columnas; el dibujo es de Palladio. Al pie de la escalera han colocado la estatua en mármol de Carrara, de Cornelia, profesor ilustre. Encima de la puerta se lee la inscripcion siguiente: *crescit virtus doctrina*, la virtud crece con la ciencia. El gabinete de física experimental contiene muchas máquinas necesarias á la enseñanza; es riquísimo el de historia natural en fósiles, pescados, petrificaciones, etc. El anfiteatro anatómico está enriquecido con esqueletos y otras piezas, tanto naturales como artificiales, que sirven para la demostracion de la enseñanza. El centro tiene la forma de un pozo; en el fondo se coloca el cadáver sobre una losa de mármol; quinientos discípulos pueden colocarse sobre las gradas y ver perfectamente las disecciones. Se ha dispuesto con tal arte la luz en esta grande aula, que la reciba de lleno la parte sobre que versan las disertaciones y demostraciones. Esta universidad, que existia ya en el siglo XIII, no ha cesado de florecer; ha contado ilustres profesores, y mas de 2,000 estudiantes, la mayor parte venecianos y alemanes. De todas partes de Europa, del fondo de la Grecia y de la Turquía se veían acudir estudiantes á esta universidad, habiendo ocasiones en que el número de alumnos se elevaba hasta el de 48,000. Los grandes médicos de Italia, así como los grandes magistrados y jurisconsultos, salieron de esta escuela. En el siglo XV, la medicina mostraba con orgullo á Juan Vagellardo, Juan Bautista Monti, Gabriel Cervi, de Verona. Nicolás Leoniceno, su discípulo, tradujo á Galieno. Mongado de Viluna fué á vivir á la Arabia para ponerse en estado de escribir una traduccion correcta de Avicena. En el siglo XVI ostentó á Juan Aquilla, Marco Naza, Viondo, Alpini, y otros no menos ilustres, á los que hay que añadir, como hemos dicho, los grandes sacerdotes y magistrados que han producido la teología y jurisprudencia. Mas de una vez, segun refiere la historia, las ciudades estrangeras suplicaban á Padua que les enviase uno de sus ciudadanos para gobernarlas; mas de una vez, también Venecia, en sus disputas con la Santa Sede, venció por la ciencia de sus canonistas universitarios. El grande Tasso estudió las bellas letras en la universidad de Padua, y escribió en ella su primer poema, el *Reinaldo*. Una muger célebre en el siglo XV estudió también en Padua, y llevó muchas veces la palabra en latin por la universidad, la célebre Casandra Fedelli, que fué llamada el honor de la Italia, *decus Italiae*. A tantos nombres ilustres, hay que agregar otro que los eclipsa á todos; en Padua hizo sus estudios geográficos el célebre descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colon, ese genio desconocido de la Europa, y que solo halló proteccion y asilo en la reina Isabel I de Castilla, á quien dotó de tan vastas y riquísimas colonias.

La universidad tiene una sucursal no menos grandiosa, el jardín botánico. Su creacion fué un don del senado de Venecia, el que en los últimos tiempos de su reinado añadió también un observatorio astronómico, un laboratorio de química y una escuela de veterinaria. Tal fué la universidad de Padua; pero su gloria pasó, como pasó la gloria de Venecia.

El gobierno austriaco, haciendo pesar su férreo yugo sobre la metrópoli y sobre las ciudades que constituían los estados de Venecia y de Lombardia, ha hecho desaparecer el esplendor de esta universidad, y la grandeza de Pádua solo consiste, como la de Venecia, en los recuerdos que están consignados en su historia, y en los magníficos edificios que ha respetado el tiempo y que no ha sido bastante á borrar la brutal dominación de sus crueles opresores.

Pádua ha tomado también parte en la revolución que agitó la Italia en el año de 1848; empero Pádua, como la Lombardia, como mas tarde Venecia, cayó en poder de sus

los señores, para protegerse contra las irrupciones de los bárbaros, elevaron un gran número de fortalezas, de reducidos, de habitaciones, que mas tarde se convirtieron en verdaderas plazas fuertes y formidables baluartes. La posición del castillo, situado en medio de los fangosos pantanos del Somma, indica bastante que su destino primitivo fué guardar el tránsito de este río, cuya posesión ofrecía grandes ventajas para rechazar una invasión.

El actual castillo de Ham es indudablemente el castillo edificado en 1216 por Odon IV, en el terreno de uno mas antiguo, pero que después ha sido transformado y fortificado por



Vista de Pádua.

antiguos opresores, y es el punto donde ordinariamente hoy reside el general Radetzki, quien desde allí ejerce su severa vigilancia sobre Milan y sobre Venecia.

La estampa que presentamos á nuestros lectores, ofrece la vista de la Plaza de la Señoría, de cuya descripción nos hemos ocupado.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL CASTILLO DE HAM Y SUS PRISIONEROS.

La construcción del castillo de Ham es contemporánea al establecimiento del régimen feudal en Francia, época en que

muchos de sus señores durante los siglos XIII y XIV, según los sistemas de defensa de la época.

Cuando se recorren los lugares húmedos y oscuros del interior del castillo, aquellas vastas salas y aquellas antiguas construcciones, la memoria no puede menos de afectarse con singulares recuerdos. Allí, por otra parte, se han descuidado las comodidades mas sencillas de la vida. Nos preguntamos involuntariamente, ¿qué hombres, y sobre todo, qué mugeres podían habitar semejantes lugares, cómo las ricas condesas de Bethune, de Bar, de Luxemburgo, que poseían numerosos dominios y muchas rentas, podían vivir en tan tristes reducidos?

El castillo de Ham ha tenido que sufrir muchos sitios; entre los mas memorables citaremos el de 1411 por Juan Sin Miedo, duque de Borgoña; el de 1537, por Felipe II, rey de

España; el de 1593, por las tropas de Enrique IV; el de 1815, por la columna del general Tielman, seguido de la honrosa capitulación del comandante Balson; pero estas relaciones desproporcionarían el cuadro que nos hemos propuesto trazar. Examinaremos una de las fases de la historia del castillo de Ham, que no es la menos fecunda en juegos de la fortuna: los prisioneros de Estado que han ocupado aquel recinto.

Desde el siglo XVII el destino del castillo de Ham ha sido mas bien el de una prision de Estado que el de una plaza de guerra. Los registros destruidos en 1795 y durante la invasión de 1815, no existen ya allí para transmitirnos los nombres de los prisioneros; pero se encuentran en la historia numerosos documentos que nos dan á conocer los personajes importantes que han sido allí detenidos.

Varios escritores franceses, de acuerdo con la tradicion, piensan que el rey Carlos el Simple ha estado prisionero en el castillo de Ham en 925; dos años despues, el conde Herberto de Vermandois, detenía allí prisionero á Everardo, hijo de Helgaud, conde Ponthieu.

Pouthon de Xaintrailles, que representó un papel tan importante bajo el desgraciado reinado de Carlos VI y de Carlos VII, fué detenido prisionero en Ham, en 1425, por el cruel Juan de Luxemburgo, partidario del duque de Borgoña. Walleran de San German, encerrado en Ham en la misma época que Pouthon de Xaintrailles, fué decapitado allí por orden de Juan de Luxemburgo.

La tradicion quiere que Juan de Arco haya estado presa en el castillo de Ham en 1431. Se dice tambien que Luis XI fué encerrado por Luis de Luxemburgo en una sala de este castillo, llamada hoy *la Cámara del rey*. ¿Luis XI ha dormido en esta cámara como huésped ó como prisionero? Ninguna crónica habla de este hecho; pero lo que sí es cierto es que el rey ha habitado muchas veces en el castillo de Ham, desde donde ha dictado diferentes decretos en marzo de 1470 y en mayo de 1471. Se sabe, además, que el condestable, despues de haber prometido al rey defenderle *en todo y contra todos*, recibió á los dos dias un mensaje del duque de Borgoña, prometiéndole diez mil escudos si mantenía sus promesas; al cual mensaje respondió Luis de Luxemburgo: *Yo hallaré un medio de coger al rey por el cuello y de enviarle á terminar sus dias á cualquiera parte, ó de hacerle morir; luego se echará el guante á la reina y al delfín y se les desterrará.*

Se cuenta tambien, aunque con mayor certeza, que el condestable de Saint-Pol, Luis de Luxemburgo, fué conducido desde Peronna al castillo de Ham, y encerrado en la misma habitacion que él habia destinado á Luis XI; triste revés de la fortuna, que creía poder arrostrar desde lo alto de su formidable torre.

Un célebre prisionero del castillo de Ham en el siglo XIV fué Juan Patou, mayor de Ham, á quien traspasaron la lengua con un hierro ardiendo, por haber querido conservar las prerogativas comunales de la ciudad de Ham.

En una especie de celda, abierta en el grueso de las murallas de la gran torre, se enseña una piedra que dicen sirvió de almohada á un pobre capuchino, y sobre la cual ha quedado impresa la huella de su oreja. La tradicion, en una leyenda, dice que la jóven que vaya á buscar un pedacito de la piedra del capuchino, hallará marido en el trascurso de aquel año.

Despues de la toma de Ham en 1537 por el rey de España

y el duque de Saboya, su gobernador Sepois fué encerrado en el castillo con Emery de Sepois y Roberto de Sepois. Pisseleu de Heilly, que manifestó en aquel sitio un valor digno de mejor suerte, fué hecho prisionero por el duque Emmanuel de Saboya, y no habiendo podido pagar el enorme rescate que se le pedia, murió en tan triste situacion. Pisseleu pertenecía á la heroica familia de Heilly, y era hijo de Guillermo de Pisseleu, el que defendió tan admirablemente en 1512 á Therouanne contra los imperiales y los ingleses reunidos.

Luis de Borbon, príncipe de Condé, hijo de Carlos de Borbon, duque de Vendome y señor de Ham, fué encerrado en el castillo de este nombre en 1560. Este ilustre prisionero fué el tronco de los Condé, de los Conti y de los Soissons, tuvo por sobrenombre *el Grande*, y fué asesinado en el combate de Jarnac el año de 1569.

Vitreumont de Humieres, prisionero en Ham á fines del siglo XVI, pariente de Carlos de Humieres, teniente general de Picardía, fué muerto en Ham en el sitio de 1593.

De resultados de este sitio, entre los prisioneros españoles encerrados en el castillo de Ham, se encontraron: Domingo Bandini, napolitano al servicio de España, comandante en la ciudad de Ham. (Bandini murió á consecuencia de sus heridas.)—Baltasar Caracciolo, de la familia del famoso marqués de Vico, comandante en Ham.—Cicco de Sangré, comandante en Ham.—Settinio di Fabii, romano.—Ernando de Ninfa.—Marcello.—Molina.—Martio Schiaveto.—Scipione.—Barone.—Martio.—Nicolai.—Annibali.—Martano.—J. B. Carresciano, capitanes todos de servicio en Ham.—Olmedo, comandante de los españoles, que poco tiempo despues fué destinado á San Quintín.—Marcelo del Gindrie, que de allí á poco fué enviado á Chauny.—Y además 700 soldados prisioneros.

El caballero de Aydie (conde de Riom), abate primero, luego amante y despues marido de la duquesa de Berry, hija del regente, encerrado de orden de éste en el castillo de Ham, por haberse batido en desafío con un tal Bauton. La sentencia era por dos años, en atencion á que habia aceptado el reto de un plebeyo. La duquesa de Berry le consiguió su perdon al cabo de seis meses, y no descansó hasta conseguir que ahorcasen al pobre Bauton el 19 de junio de 1719, un mes antes de su muerte. Mr. de Musset ha publicado una novela intitulada *La duquesa de Berry*, cuyo héroe es el conde de Riom.

El conde de Larochehoucault (de Roucy) estuvo desterrado en Ham por resentimientos de la duquesa de Chateauroux, cuya muger, omnipotente en el ánimo de Luis XV, exigió para volver á presentarse en la corte la humillacion de los príncipes de la sangre, el destierro de Maurepas, de los duques de Chatillon, de Bouillon, de Larochehoucault, etc. Este último fué enviado á Ham por una orden reservada.

Cassard (Jacobo) de Nantes, intrépido marino, fué sumido en esta prision por orden del cardenal Fleury; murió en 1740.

Brochart de Breuil era consejero del parlamento. A consecuencia de un decreto del rey Luis XV, el parlamento cesó de administrar justicia. Maupeon, por disposicion del gran consejo, suprimió los cargos de consejeros, y les prohibió tomar el título de miembros del parlamento. Los principales consejeros fueron desterrados, y Brochart de Breuil enviado á Ham en 1771.

Conocida es la historia del marqués de Marbœuf ó Malbœuf, á quien no debe confundirse con el gobernador de la Córcega. Este noble normando se volvió medio loco cuando fué encerrado en el castillo de Ham, por haber insultado á la reina María Antonieta. El desgraciado pasaba el tiempo tirando monedas de plata á las golondrinas que se mecían sobre las aguas del estanque que bañaba los muros de su prision.

Lautrec (de) cuya historia ha escrito Mr. de Peyronnet de un modo tan pintoresco, fué en un calabozo del castillo de Ham donde el agua le bañaba los pies. Siempre permanecía acostado, y su sola ocupacion era el distribuir á las ratas y á los ratones una parte de su alimento. Sus uñas y su barba habian crecido estremadamente, y cuando al cabo de cuarenta años fueron á anunciarle que estaba libre, pidió con instancia que le dejaran en Ham. Los habitantes de la ciudad tuvieron la generosidad de adoptarle y atender á sus necesidades hasta el fin de su vida.

Mirabeau estuvo detenido en Ham por haber publicado una *Memoria al rey sobre el agiotage*; pero el rey mandó contestar en estos términos al gobernador del castillo de Ham, por conducto del baron de Breteuil: *la intencion del rey es tomar á su cargo la pension de Mr. de Mirabeau, y desea que se le trate bien; téngalo así presente el gobernador del castillo de Ham.*

Cuando en 1793 fueron conducidos á la fortaleza de Ham los prisioneros austriacos, aquellas pobres gentes habian oido referir tantas cosas de los republicanos franceses, que pensaban iban á ser comidos vivos. ¡Cuál no fué, pues, su sorpresa al ver salirles al paso, atraídos por la novedad de sus trages, todos los habitantes de Ham, y que les daban dinero y ropas! En medio de su reconocimiento exclamaron aquellos desdichados con los ojos bañados en lágrimas: *¡Oh pravos francousses!* Estos rasgos de humanidad honran sobremanera á los habitantes de la ciudad de Ham.

El 12 germinal del año III, la Convencion, á propuesta de Andrés Dumont (del Somme), decretó el arresto de Choudieu, Charles y Fousseidoire, y no se limitó á esto, dice Mr. Thiers en la *Historia de la revolucion francesa*: recordóse que Huguet tomó la palabra mientras invadian el salon, y exclamó: *¡pueblo, no olvides tus derechos!* que Leonardo de Bourdon presidia la sociedad popular de la calle de Vert-Bois, y que habia impulsado á la insurreccion con sus continuas declamaciones; que Duhem habia animado á los sublevados durante la irrupcion del populacho; que los dias anteriores se le habia visto en el café *Payen*, en la seccion de los Invalidos, bebiendo con los principales gefes de los terroristas, y escitándoles á la rebelion. Fueron ademas denunciados otros convencionistas, entre ellos Recamps y Amar, el individuo mas odiado del antiguo comité de seguridad general. A consecuencia de estas proposiciones, la Convencion decretó el arresto de Choudieu, Charles, Fousseidoire, Huguet, Leonardo Bourdon, Duhem, Recamps y Amar, resolviendo que fueran conducidos inmediatamente.

Los ocho diputados presos en Ham despues del 4 de abril de 1793, fueron puestos en libertad al concluir sus trabajos la Convencion el 4 brumario (26 octubre, 1793). Choudieu empleado luego en el ministerio de la Guerra y comprendido en la deportacion despues del 3 de nivoso, se refugió en Holanda y allí se dedicó á la libreria. Leonardo Bourdon, agente del Directorio en Hamburgo en 1805, era administrador

del hospital militar de Tolon. Huguet fué posteriormente condenado á muerte el 6 de octubre de 1799 como cómplice de la reunion del campo de Grenelle, á la edad de 59 años. Amar fué luego complicado y absuelto en el suceso de Babœuf.

No se detuvo aqui la Convencion, y aunque los gefes de la Montaña fueron enviados al castillo de Ham, se creyó que quedaban aun otros tan temibles como ellos. El mismo Tallien designó en la tribuna á Cambon, el dictador de Hacienda; Fauriot, termidoriano antes y vuelto montañés; Crasous, uno de los mas firmes apoyos de los jacobinos; Lesage-Senault, que habia contribuido á cerrar su club y á quien despues asustó la reaccion; Lecointre (de Versailles), adversario declarado de Billaud-Collet y Barrere; Maignet, el incendiario del Mediodia; Hentz, el terrible procónsul de la Vendée; Levasseur (del Sarthe), uno de los que contribuyeron á la muerte de Philippeaux; y Granet de Marsella, acusado como instigador de los revolucionarios del Mediodia. Todos estos convencionistas, dice el *Monitor*, fueron sentenciados á prision, y lo mismo que sus ocho colegas, enviados á Ham; pero de estos nueve diputados, no llegaron á ser encerrados en el castillo de Ham sino Lecointre, Maignet, Hentz, Levasseur y Granet; los demás hallaron medio de librarse de aquella prision. Tal vez por este hecho Luis-José Mery-Montigny fuese llamado ante el comité de Salvacion pública, el 19 germinal del año III (8 de abril, 1795), y acusado de haber puesto en libertad algunos prisioneros; pero es de suponer que no fuera cierto, porque le fué devuelto el mando de la fortaleza, despues de haber sido oido. Murió poco tiempo despues, el 16 frimario del año IV (6 diciembre de 1796).

Bouchotte preso poco antes del 9 termidor, por medida de seguridad general, fué enviado á Ham, donde se hallaba con Pache y otros prisioneros, cuando un decreto de la Convencion del 3 prairial, dispuso que los prisioneros del castillo de Ham, Pache, ex-corregidor de París; Audoin, su yerno; Bouchotte, ex-ministro; Daubigny, su adjunto; Clemente, Marchand, Haron, empleados en el comité de salvacion pública y de seguridad general, y Hassenfrats, fueran presentados ante el tribunal criminal del departamento del Eure-y-Loira para ser allí juzgados seguidamente. La causa, sin embargo, no llegó á seguirse, y Pache y Bouchotte fueron puestos en libertad por el comité de seguridad general; el último, sin embargo, despues de haber sufrido una prision preventiva de diez y seis meses.

El general Rossignol, tan conocido por sus actos de barbarie en la Vendée, en donde el general Hoche, al contrario se distinguió por su talento y humanidad. Cuando se le hacia observar que con su mala táctica conducia los soldados de su ejército al matadero, contestaba Rossignol: *¿No han jurado todos morir por la patria?* Preso el 15 termidor (2 agosto de 1794), fué enviado por decreto la Convencion del 24 nivoso, año III (13 de enero, 1795), al castillo de Ham, en donde estuvo detenido durante muchos meses. Casi olvidado en su prision, debió su libertad á las turbulencias que precedieron á los sucesos del 15 vendimiario. Rossignol estuvo luego complicado en el suceso de Babœuf y despues en el atentado del 3 nivoso, por cuyo hecho le deportó Fouché.

Pancemont Antonio Javier Maynaud, obispo de Vannes, fué encarcelado en 1797 en la fortaleza de Ham por el Di-

rectorio, y al cabo de poco tiempo puesto en libertad por el primer cónsul.

Cuando llegaron al castillo de Ham el 2 frimario, año VIII (1799), los naufragos de Calais en número de cincuenta y dos, entre los cuales se veía á Mrs. de Choisseul, de Montmorency y de Vibraye, se hallaban en la mas completa desnudez. Los habitantes de Ham se apresuraron á enviarles leña, colchones, mantas, dinero, alimentos y medicinas; debiendo á la humanidad de aquellos habitantes el haber podido vivir regularmente en la fortaleza, segun relacion de los mismos prisioneros á los comisarios que fueron enviados á ella. Bien conocido es el modo como recobraron su libertad: Mr. de Choisseul arrojó á la esplanada desde la torre una carta atada á una piedra, que recogida al acaso por una pobre muger, la echó al correo. La carta iba dirigida á Mad. de Choisseul, y merced á esta carta y á la que escribió la señorita de Choisseul al primer cónsul Bonaparte, los prisioneros fueron puestos en libertad por un decreto de los cónsules del 18 frimario, año VIII. Mrs. de Montmorency y de Vibraye permanecieron algun tiempo en Ham, y varias personas de aquel tiempo recuerdan aun haber visto á Mr. de Montmorency concurrir á las mascaradas que se verificaron entonces, disfrazado de *diablo verde*. Es una felicidad á lo menos hallar algunas páginas menos tristes en medio de los dolores de un calabozo.

Belgrade ó Belgarde, ayudante de campo de Toussaint-Louverture, hecho prisionero y conducido á Francia con él, fué encerrado en Ham, en 1805.

El abate de Brionne, preso por sus opiniones legitimistas y por su oposicion á Bonaparte en sus relaciones con el papa, salió de Ham en 1814. A su salida, aunque solo contaba cuarenta y cinco años, parecia *tener cien años y vivir anticipadamente en el sepulcro, pues no encontraba por sí solo la puerta de su cuarto y ni aun su misma cama*.

En tiempo del imperio, ademas de MM. Carlos y Armand Polignac, á quienes se encerró en el castillo de Ham con las personas complicadas en el suceso de Moreau, de Jorge Cadoudal y de Mallet, fueron tambien enviados allí los gefes vendeanos, entre los cuales se encontraban Cormatin, su general en gefe, personaje notable por tantos conceptos, y de quien habla Mr. de Lamartine en el último tomo de sus *Confidencias*; muchos belgas monopolistas de granos, publicistas, prusianos del cuerpo de Lutzow y un gran número de clérigos belgas, holandeses y españoles. Entre estos prisioneros, uno de ellos, llamado Forbi, italiano comprometido en la conspiracion de Mallet en 1808, consiguió escaparse de la fortaleza, y créense descubrir algunos pormenores de su evasión en una novela titulada: *El calabozo de la torre de Ham ó los dos hermanos*. Forbi, en su prision, conoció á Saint B... jóven militar, encerrado como él en el castillo de Ham, por haber intentado, en union con el general irlandés Colli, libertar á los príncipes de España, detenidos en el castillo de Valenzay. Ambos prisioneros se comunicaron sus proyectos y concertaron los medios de escaparse de la fortaleza. En una oscura y lluviosa noche de invierno, salieron de su departamento y llegaron á los baluartes, provistos de una escala que ellos mismos habian fabricado con trapos viejos; ya en aquel sitio, despues de haber asegurado su endeble escala del modo mas sólido posible al muro del recinto, cerca de la torre principal, echaron suertes para ver quién debia bajar el primero. Tocó

á Forbi, quien llegó á tierra con felicidad, pero al bajar Saint B... se rompieron las cuerdas y cayó desde una grande altura, recibiendo muchas contusiones, principalmente una en la cabeza, de cuyas resultas se rompió varios dientes, cortándose ademas la lengua. Magullado horriblemente y cubierto de sangre, atravesó, no obstante, el foso logrando ocultarse en las empalizadas. Disparáronles algunos tiros que no les alcanzaron y consiguieron llegar á Compiègne, y luego á París, donde no les fué difícil hallar un asilo por el pronto, si bien al cabo de poco tiempo Saint B..., victima de una delacion, volvió á ser preso y encerrado en Vincennes.

A la vuelta de Luis XVIII, el castillo de Ham abrigaba aun, sin contar los doce clérigos franceses, cuarenta y cinco prisioneros mas, entre los que se veian diez prusianos del cuerpo de Lutzow; diez y ocho eclesiásticos belgas y bretones; un general inglés; un médico judío de Amsterdam; M. C..., hermano del diputado envuelto en el suceso de Moreau; Buchel, ex-sacerdote ancás; Caubel, oficial general, y Luisa Sassne, su esposa; Carmeling, capitán de ingenieros, holandés; Carrega, corso, á quien se tenia por primo de Napoleon; Couchat, fraile español; Leinont, médico francés; seis gefes vendeanos; Depinay de Saint-Leu, cogido con las armas en la mano al servicio del Austria, mariscal de campo francés no amnistiado, el cual vegetaba en el castillo de Ham, *habiendo llegado al extremo de no saber en dónde se hallaba*; Bazin, literato, redactor de un periódico titulado *El Demócrata*, autor de las *Cartas francesas* y de las *Cartas filosoficas*, en las que dió curiosos pormenores del general Mallet, que era amigo suyo.

Bazin y dos de sus compañeros de cautiverio consiguieron engañar á sus guardas, y á pesar de la altura de las murallas de Ham, consiguieron salvarlas con felicidad; mas encontrados por un campesino que les denunció, fueron perseguidos y vueltos á conducir á la fortaleza, siendo encerrados en un calabozo, cargándoles de grillos y esposas durante todo un año.

En tiempo del Imperio, el castillo de Ham estuvo ocupado por la guardia departamental, y confiado el gobierno interior á un comandante, un conserje y cuatro carceleros. Los detenidos se hallaban separados en cuatro cuarteles, cada uno de los cuales tenia su paseo, del cual podian disfrutar los presos dos horas al día. Cada prisionero recibia veinte y cinco sueldos primero, luego treinta y cinco.

Luis XVIII, por decreto de mayo de 1814, quitó al castillo de Ham su destino de prision de Estado, lo cual no fué un obstáculo para que año siguiente fuese encerrado en él el mariscal Moncey, por negarse á juzgar al mariscal Ney, y en 1817 Mr. de Chaumoraix, capitán de la desgraciada tripulacion de la *Medusa*.

Por un fallo del tribunal de los pares, fueron enviados á la fortaleza de Ham, hácia fines de 1830, MM. Julio de Polignac, de Peyronnet, de Chantelaus y de Guernon-Ranville, ex-ministros de Carlos X. Allí fué donde el príncipe de Polignac compuso sus *Estudios históricos, filosóficos y morales*, y Mr. de Peyronnet su *Historia de los francos*. Estos cuatro ministros fueron amnistiados y puestos en libertad en 1836.

Lanzado de España por Espartero el general carlista Cabrera, fué conducido en 1840 á la fortaleza de Ham, de donde salió á la llegada de Luis Napoleon, y burlando despues

la vigilancia de la policía francesa, volvió á entrar en España en 1847.

Luis Napoleon fué encerrado el año de 1840 en la fortaleza de Ham, por un decreto del tribunal de los pares, y allí compuso sus *Estudios sobre el pasado y el porvenir de la artillería*, obra llena de curiosas investigaciones; el *Análisis de la cuestión de azúcares* (1842); los *Fragmentos históricos*, y *De la estincion del pauperismo en Francia*.

Luis Napoleon se escapó disfrazado de la fortaleza de Ham, el 25 de mayo de 1846. Si bien es verdad que los habitantes de Ham vieron por una parte con placer la evasión de aquel que supo atraerse sus simpatías, también es cierto que sintieron su salida muchos desgraciados, á quienes sus bienhechoras manos no cesaban diariamente de socorrer generosamente.

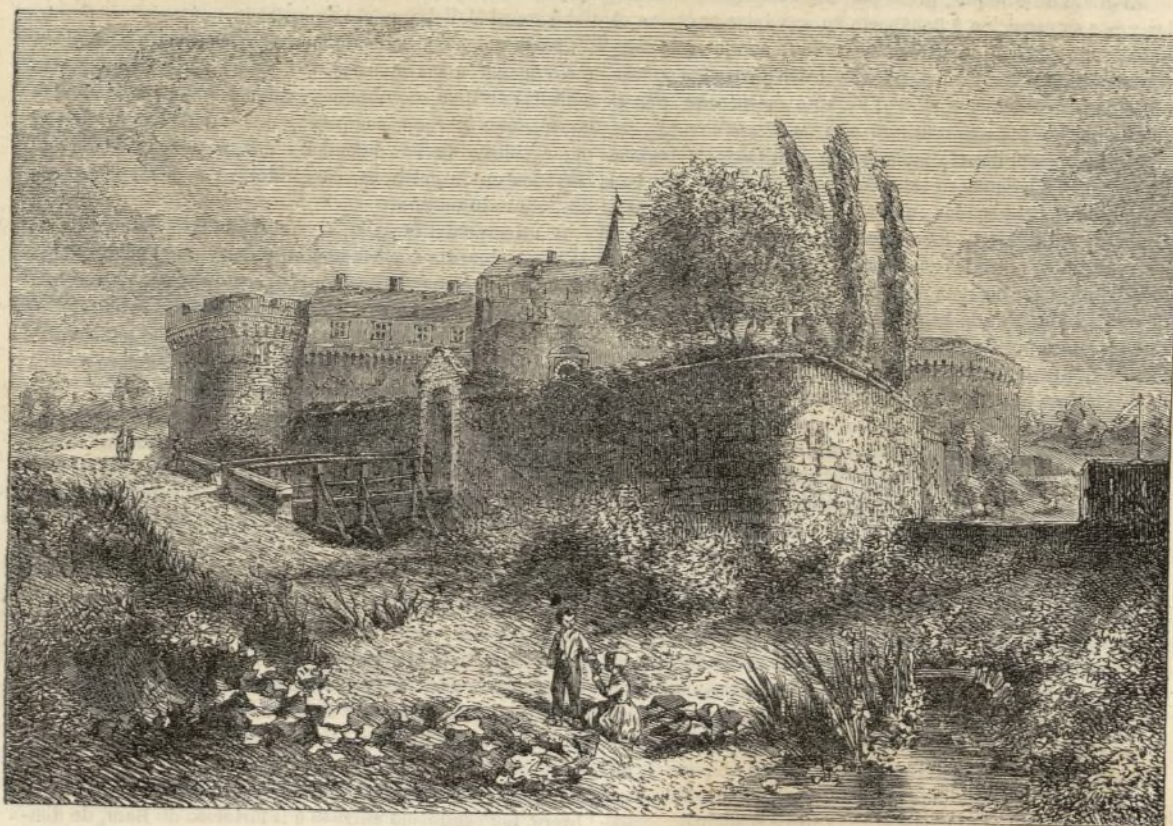
La misma sentencia del tribunal de los pares envió al castillo de Ham al doctor Corneau, médico de Luis Napoleon, y al general Montholon, que ya antes fué compañero de cautiverio del emperador en Santa Elena. Durante su permanencia en aquella fortaleza, publicó Mr. de Montholon la *Historia del cautiverio de Santa Elena*, cuyo prefacio está fechado en el castillo de Ham, á 5 de junio de 1844.

También la revolución de 1848 desterró allí al gefe árabe Mohamed-Ben-Abd-Allá, conocido mas bien con el sobrenombre de Bou-Maza, scherif árabe que se titulaba el representante de la voluntad divina; el cual despues de haber combatido por espacio de dos años contra las tropas

francesas en Africa, se vió al fin obligado á huir por haberle abandonado todas las poblaciones nómadas, cansadas ya de la guerra, y se rindió el 15 de abril de 1847 al coronel de Saint-Arnaud, diciéndole: «He hecho cuanto me ha sido posible por mi religion y por mis hermanos; tú eres el francés contra quien con mas frecuencia he peleado, y por lo tanto á tí es á quien debo rendirme.» Conducido á Francia fué tratado en París mas bien como un huésped que como un prisionero; pero sin embargo, cuando la revolucion de febrero, trató de aprovechar los primeros momentos del alboroto para escaparse, é iba ya á embarcarse en el Havre, cuando fué detenido y luego enviado á la prision de Ham en marzo de 1848. Cuando el príncipe Luis Napoleon, el 22 de junio de 1849, visitó la ciudad de Ham, suavizó el cautiverio de Bou-Maza, dándole la ciudad por cárcel y aumentándole la pension que le tenia señalada el gobierno francés.

Por último, á consecuencia de la disolucion de la Asamblea legislativa, decretada por el presidente de la república el 2 de diciembre de 1851, se abrieron las puertas de la fortaleza de Ham para recibir á ocho miembros de aquella asamblea, á saber: los generales Cavaignac, Changarnier, de Lamoriciere, Bedeau y Le Flo, el coronel Charras y monseñores Baze y Roger (del Norte).

¡Qué cuadro tan extraño nos presenta esta revista de los prisioneros de Ham, y cuán fecunda en grandes lecciones es la historia de esta fortaleza!



Vista del castillo de Ham.